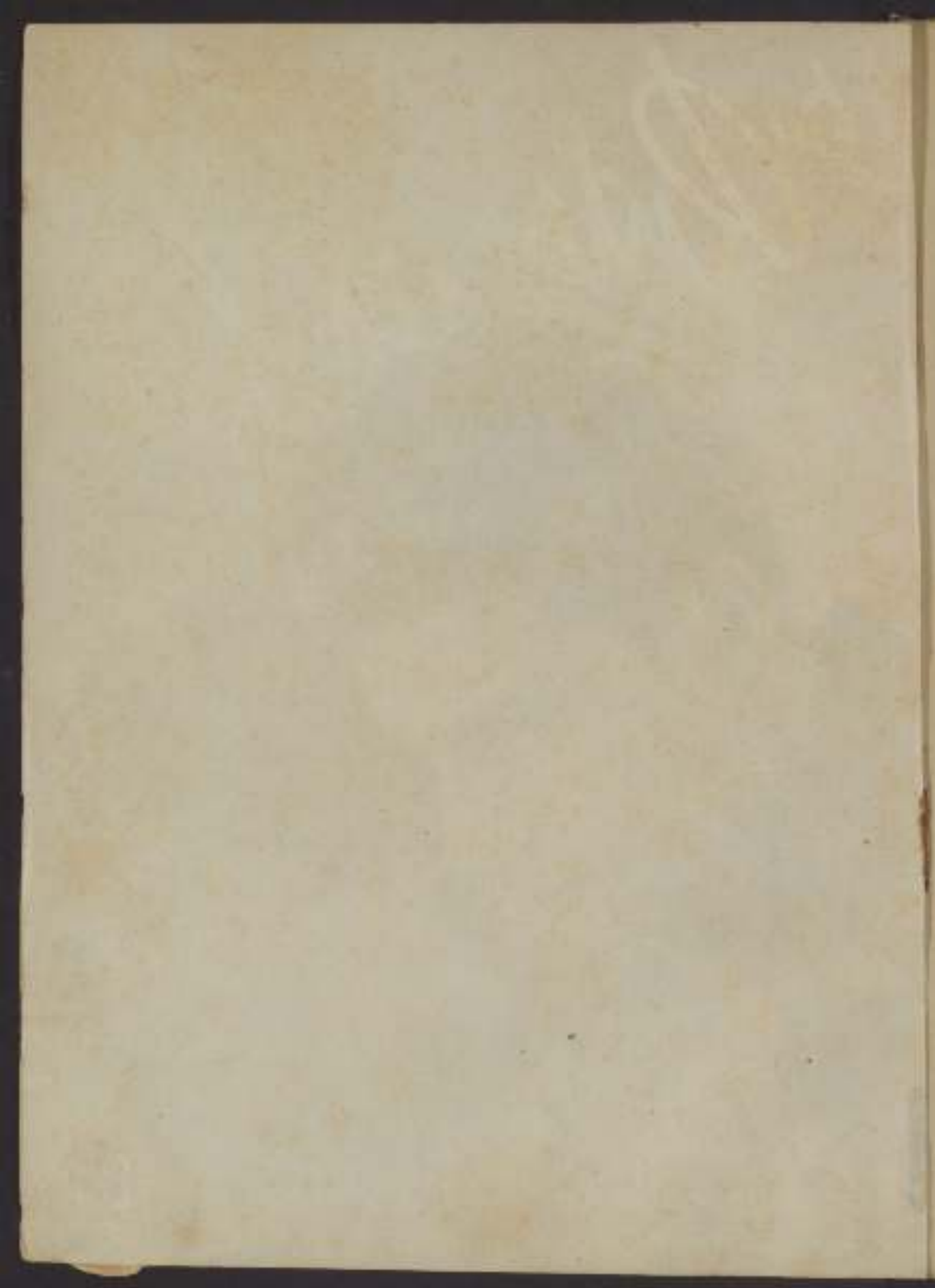


La Ruta sin fin



Victor Francen
Marcelle Chantal
Jean Pierre Aumont

PRECIO
4
PTS.





LA RUTA SIN FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCION

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197 - BARCELONA

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18041 - Barcelona

La ruta sin fin

Interesante producción dramática

Dirección:

MARCEL L'HERBIER

Presentada por

SELECCIONES CAPITOLIO

(S. Huguet, S. A.)

Provenza, 292

Barcelona

PRINCIPALES INTERPRETES:

VICTOR FRANCEN

MARCELLE CHANTAL

JEAN-PIERRE AUMONT

ROLAND TOUTAIN

JACQUES BAUMER

LA RUTA SIN FIN

Argumento de la película

I

Los cadetes vivían la vida disciplinada, absoluta y rígida de la Escuela Naval, se sometían gustosos a sus leyes, obedecían ciegamente a sus superiores y se iban formando en aquel ambiente admirable de amor a la Patria, al Honor, al Deber y a la propia dignidad, que había de hacer de ellos, más tarde, los hombres destinados a intervenir en los destinos de su Patria, salvándola de los peligros que pudiera acarrear una guerra o un intento de ataque de algún insuspechado enemigo.

Pero todo era gente joven, bullidosa, alegre, dispuesta a divertirse en cuanto podía hacer una graciosa zancadilla a la disciplina inviolable de la Escuela, zancadillos sin importancia, que sólo eran debidas a un exceso de

vitalidad juvenil, tan disculpable en aquellos mozos que no llegaba a alcanzar, ninguno de ellos, el límite de los veinticinco años.

Compañeros inseparables en los estudios, en los juegos, incluso en las diabluras casi infantiles de aquellos hombres en ciernes, eran Pivoit, Paillard, Saint-Yveline, Pedro, Picard...

Jugaban y se divertían como chiquillos en días de vacaciones, en cuanto lograban un momento de expansión, ya fuera en el dormitorio, ya en los largos corredores de la escuela, ya en el campo de entrenamientos; cualquier puesto les servía de distracción y cualquier cosa despertaba su hilaridad, sus ansias de vida, su infatigable sed de gozar.

Cuando tocaba la diana, saltaban prestamente de las hamacas y se apresuraban a seguir, desde el primer momento del despertar, los reglamentos estrictos de la Escuela Naval; pero no omitían el embromarse unos a otros mientras procedían a su aseo y se preparaban para la revista diaria.

Pivert era el más estudioso de toda la pandilla, pero los demás siempre le echaban en cara aquel su afán de estar todo el día con la nariz pegada a los libros.

—¡Eres un estúpido! Estudias únicamente para aplastarnos en los exámenes... Pero ya veremos quién triunfa aquel día—le decían.

—Si yo no estudiara la teoría mientras dormía... con el jaleo que metéis en cuanto abríis los ojos, sería imposible aprobar las asignaturas a final de curso—replicaba Pivert, que era paciente y nunca se ofendía por las bromas de sus camaradas.

* * *

Pedro iba aquella mañana llamando a todos sus compañeros.

—¡Vamos, Paillard, date prisa!... ¡Han tocado diana!

Paillard, asustado, abrió los ojos y gritó, brincando en la cama:

—¡Viva Francia!

—Oye... pero hoy la diana está adelantada media hora—comentó Pivert.

—Es verdad—aseveró Saint-Yveline consultando el reloj.

—Esto encierra algo inesperado... —dijo Pedro en tono misterioso.

—¡Vamos, pronto, recojan las hamacas! ¡De prisa todos! —ordenó Picard.

—¿Pero qué hora es? —preguntó Paillard, que estaba muy pereoso y se hacía el romolón para arreglarse.

—Las seis—contestó Pedro.

—¡Cómo las seis!... ¡Si siempre nos llaman a las seis y media!

—Hoy es un día excepcional.

Picard fué pasando revista a todos los cadetes, llamándolos por su nombre, mientras éstos se iban presentando dando los últimos toques a su aseo.

—¡Saint-Yveline! —gritaba Picard.

—¡Presente!—contestó éste, saludando militarmente.

—¡Villette!

—¡A punto!—dijo Pedro, presentándose.

—¡Pivert!

—¡Listo!—replicó el estudioso cadete, precipitándose rápido, para que no le hicieran sufrir un castigo por su exceso de aplicación.

—¡Paillard!—llamó el que pasaba lista.

Paillard era el "punto negro" del grupo; siempre llegaba retrasado, siempre tenía algo que le entretenía; siempre se hacía merecedor de algún reproche o de alguna sanción; pero no era

un mal muchacho; un poco alocado, algo distraído, asaz indisciplinado, alegre, decididamente, sin lograr nunca tomarse demasiado en serio las cosas.

Cuando oyó su nombre se estiró y murmuró de mal talante:

—¡Al diablo con todos vosotros!... ¡Un hombre que duerme es algo sagrado!

—¡No te hagas el idiota!—le replicó Picard, tirando con fuerza de la cama y desbaciéndosela.

Paillard brinco fingiendo un gran enojo; nunca se enfadaba de veras, pero siempre lo parecía.

—¡Al diablo!... ¡Me la vas a pagar!... ¡Qué tipo ése!... ¡Ya verás cuando te coja!

Se presentó en aquel momento el comandante de la escuela, quien con su sola presencia impuso silencio a todos.

Dirigiéndose a Paillard, le dijo con una dulce rigidez:

—¡Siempre usted, Paillard, siempre usted haciendo el payaso!...

—Mi Comandante, es que me han desarmado la cama...

—Y todos con retraso... —añadió Bovy, el comandante.

—¡No, mi Comandante!—replicó Pedro—. Con retraso, no; hoy nos hemos levantado media hora más pronto que de costumbre.

Bovy disimuló una sonrisa y miró a los dos estudiantes con simpatía.

—Siempre encuentran ustedes algo

na disculpa el uno para el otro... Son dos cabezas bajo una misma gorra... Vamos, está bien, dense prisa... Tenemos que ganar media hora diaria sobre el horario habitual... Esta semana es semana de entrenamiento y el sábado se celebrará una revista en honor del nuevo comandante de la Escuela. ¿Entendido? Bien, ahora, a sus duchas...

Cuando todos se iban a precipitar a las duchas, Bovy detuvo a Pedro.

—¡Vilette!—le llamó.

—Mi Comandante—contestó Pedro, cuadrándose ante su superior.

—Vilette, el sábado será un gran día para usted... Su padre toma el mando de la Escuela.

—Sí, mi Comandante.

—Espero que con él se portará usted un poco mejor.

—Procuraré, mi Comandante.

—Tanto más cuanto le consta a usted que su padre es severo en el servicio... Le conozco desde mucho tiempo antes que usted, y sé lo que me diga... Su padre y yo somos de la misma promoción, hemos sido compañeros de escuela, como usted y Paillard... Ya comprenderá que conozco a su padre mejor que usted mismo—dijo Bovy, mirando al muchacho con simpatía, porque aquellos moros le recordaban su juventud, la cual no había olvidado, y sus propias diabluras, siempre fijas en su

imaginación como uno de los mayores encantos de su vida.

—No lo dudo, mi Comandante—dijo Pedro—. Yo no he visto a mi padre desde hace más de un año y nunca he vivido con él demasiado íntimamente.

—Si necesita influencia... —murmuró Bovy, mitad en broma, mitad en serio, porque conocía bien al que iba a sucederle en el mando de la escuela, y sabía que Vilette era inflexible cuando se trataba del cumplimiento del deber.

Pronto corrió por la escuela la noticia de que iba a haber cambio de comandante y que el nuevo Comandante de la Escuela Naval sería el padre de Pedro, de aquel Pedro al que todos querían, que era un buen camarada, un amigo fiel, un excelente compañero.

Le agobiaban a preguntas:

—¿Cómo es el comandante de tu padre? —le preguntaba uno.

—Sí, dínos, ¿cómo es? ¿De la escuela blanda... o dura?

—¿Y eso qué importa? Será nuestro comandante y tendremos que obedecerle, como obedecemos ahora a Bovy—replicó Pedro, que no quería entrar en detalles, prefiriendo que sus camaradas juzgaran por sí mismos a su padre, cuando el momento fuera llegado.

Y el momento llegó. Después de

aquella semana de constante entrenamiento, de maniobras, de multiplicar el trabajo para que todo en la escuela fuese perfecto, llegó el día de la toma de posesión del comandante Vilette.

Picard fué el encargado de leer la comunicación redactada por el nuevo comandante. Decía así:

"Señores cadetes de la Escuela Naval: Muy satisfecho por la revista de esta mañana y contento de encontrarme al mando de esta escuela, levanto todos los castigos impuestos hasta el día de hoy. El Comandante."

Bovy sonrió al escuchar la lectura del comunicado y, dirigiéndose a su compañero y amigo Vilette, le dijo:

—Comandante, me encanta poder decirte que, tu perdón de castigos ha tenido un éxito sorprendente entre los alumnos de la Escuela. Ahora ya saben que no van a tener un comandante tan duro como ellos temían.

—Gracias, Bovy... No sabes cómo me alegra el haberte encontrado aquí y saber que vamos a vivir juntos en esta Escuela... Es bello el edificio, y magnífica la situación...

—Sí... ¡Magnífico edificio!... Dos hectáreas de vidrios... veintidós mil metros de entarimado para encorar todas las mañanas... ¡y el terreno sin muros!

—¡Qué lástima!... ¡No los podremos saltar! —replicó Vilette con una franca risa, recordando sus tiempos de estudiante.

Bovy rió también, pero pronto volvió a la seriedad militar. Ahora estaba ante un superior. Puso sobre la mesa unos papeles y le dijo:

—Toma, firma.

—¿Papelotes ya?... ¿Tan pronto empiezo mi cometido?

—Estás en tu puesto, mi Comandante.

—Bien, bien, firmemos... ¿Qué tal es la moral de nuestros alumnos?

—Yo creo que buena... tan buena como en nuestros tiempos... Cambian los rostros, en esta escuela, pero el espíritu siempre es el mismo... Hay muchachos un poco revoltosos, otros más serios... pero todos con buena voluntad y con afán noble de seguir estrictamente lo que se les ordena...: si los que mandamos no nos olvidamos de que son gente joven y que no se les puede exigir más de lo que pueden dar.

Vilette firmó algunos documentos, se quedó luego suspendido y, mirando fijamente a Bovy, le preguntó:

—¿Y mi hijo?... ¿Está entre los sensatos?

—No—contestó Bovy sin vacilaciones—. Está entre los raros... Es un muchacho fuerte, lleno de vitalidad... Necesita mucha expansión, deporte, aire libre, espacio para correr...

—¿Cómo!... Pero si Pedro era delicado como una niña...—exclamó el padre, sorprendido del retrato que Bovy hacía de su hijo.

—Pedro ha cambiado... Se está convirtiendo en un buen mozo... Es un muchacho fuerte, ágil, guapo y presumido.

—¿Presumido él, que era el más negligente de los muchachos!

—Se cambia mucho en la vida—dijo Bovy, que era comprensivo y había vivido muchos años en contacto directo con los cadetes.

—Es verdad... También nosotros hemos cambiado—murmuró Vilette con un dejo melancólico.

—Tú sobre todo—rememoró Bovy.

—¿Yo?... ¿Por qué yo precisamente?

—¿Un marino como tú, un enamorado del mar, venir a encerrarse en esta escuela, como un simple funcionario!... ¡Es inaudito!... ¿O es que ya no amas el mar?

Vilette se quedó pensativo, frunció la frente como si un hondo pensamiento la cruzara y no respondió.

Tras un breve silencio dijo:

—Ve a buscar a mi hijo... ¿quieres?

Bovy saludó y salió del despacho a cumplir la orden, sin insistir en su pregunta, pero llevando en su ánimo la certeza de que su amigo le ocultaba alguna historia dolorosa o dulce, una historia que era suya únicamente y no quería contar.

Pocos momentos después, Pedro lla-

maba a la puerta del despacho del nuevo comandante.

—¡Adelante!—dijo Vilette.

Entró Pedro, se cuadró ante él y saludó:

—A sus órdenes, mi Comandante.

Vilette miró con ojos asombrados a aquel mozo que estaba ante él y que sólo tenía un lejano parecido con el niño al que recordaba. Su hijo se había hecho hombre lejos de su lado, y le sorprendía el cambio experimentado como si se encontrara ante la realización de un milagro... ¡Dios mío!... Su hijo era un niño, un chiguillo alocado... ¡y ahora tenía ante él un hombre, todo un hombre!

—Ven, acércate, que te mire un poco... —le dijo con ternura emocionada—. Te he reconocido apenas... No parece el mismo... ¿Cuánto tiempo hace que no nos hablamos visto?

—Catorce meses.

—¡Catorce meses!... ¡Cómo transformé!... ¿Te satisface volver a verme?

—¡Oh, sí, no se le puede usted imaginar!—contestó Pedro con vehemencia.

—Sigues teniendo los mismos ojos de tu madre... pero ya no te parece tanto a ella... ¡Qué raro se me hace enfrentarme con un hombre, cuando pensaba encontrar todavía un niño!... ¿Van bien los ejercicios físicos?

—Sí, sobre todo el boxeo—afirmó

Pedro, con orgullo masculino; y al hacer su padre el gesto de darle un cariñoso golpe, se puso instintivamente en guardia, parando dicho golpe, sonriendo complacido el comandante de tal reacción.

—¿Te castigan a menudo?

—No tanto como merezco —replicó con franqueza el muchacho.

—¡Poes, atención! Soy duro en el servicio. Advirtiéndome a tus compañeros... Oye, ¿tienes un cigarrillo para ofrecermelo?—preguntó Vilette, después de haber comprobado que se le habían terminado los de su pitillera.

—No; los reglamentos nos prohíben fumar.

Pero el comandante conocía todos los viejos secretos y, cogiéndole la gorra a Pedro, sacó de sus rincones un pitillo... al que añadió otros suyos...

—Dime, ¿te gusta la Escuela?—siguió preguntando.

—Sí, de veras.

—¿La cocina es buena?

—No es mala... Aparte del estofado de buey, no se puede uno quejar, mi Comandante...

—Padre —corrió ahora Vilette—. Llámame comandante cuando te riño, y padre cuando somos amigos... ¿Te gusta la buena mesa?

—¡Hum!—musitó Pedro, poniendo los ojos en blanco con delección.

—¡Formidable!... Pues cualquier día te invitaré a comer en un restau-

rante, y tú mismo elegirás el menú... Supongo que no pedirás estofado de buey...

Rió el muchacho con una risa juvenil y franca y el comandante Vilette rió también, satisfecho de ver en aquel muchacho la prolongación de su propio ser.

—Debes estar contento de cambiar de situación, ¿verdad? La Escuela será para ti un reposo — dijo Pedro, que ya se sentía ante Vilette en completa confianza.

—Sí — murmuró éste vagamente—. Lo que más me satisface es encontrarme en un ambiente juvenil... El mar es bello, pero llega un momento que la soledad se hace imposible de soportar... Desde hace doce años, desde la muerte de tu pobre madre, yo he vivido verdaderamente solo... y el hombre no ha sido creado para estar solo, Pedro, te lo aseguro...

Se detuvo un momento, como si le fuera difícil seguir hablando, pero luego añadió, mientras bajaba la voz y miraba a su hijo con mirada penetrante, como si quisiera adivinar su pensamiento:

—Dime, Pedro, si yo algún día decidiera volver a casarme... ¿me darías tu consentimiento?

—¡Ya lo creo, papá!... ¡Con alegría!... ¡Comprendo tan bien lo que túientes!...

Vilette volvió a quedar en silencio y recordó el momento en que confesara su amor a Magdalena y le ofreciera renunciar a su vida marina y emprender una vida nueva para hacerla dichosa a ella.

—Mi nueva vida, Magdalena, se la ofrezco a usted... — le había dicho—. He esperado este instante desde que la conocí.

—¡Ennauquel... — habían susurrado los labios adorables y codiciados.

—¡Cuánto te quiero! — le dijo él, estrechándola sobre su corazón como una imagen adorada.

—¿No echarás de menos nada?

—¿Qué puedo echar de menos, teniendo a ti?... ¿El mar?... ¿El mar!... ¡Ah, el mar es muy bello mientras la soledad no llega a convertirse en una tortura!... ¡El mar es la lejanía, la ausencia, la soledad, el deseo nunca satisfecho!... ¡Ah, no, no, a tu lado nunca echaré nada de menos!...

Los ojos del comandante Vilette tenían una honda luz de nostalgia y de melancolía mientras aquellas imágenes cruzaban por su mente.

II

Paillard no había olvidado la jugareta de Picard, y estaba dispuesto a vengarse de ella. Aunque los días habían corrido, Paillard trabajaba aquella noche rápidamente, antes de que los cadetes invadieran el dormitorio, preparando la venganza que tenía pensada desde el día en que Picard le desmontara la cama estando él dentro.

—¿Qué combinación te llevas entre manos?—le preguntó Pedro, que le encontró in fraganti.

—Estoy preparando mi venganza.

—¿Y Pinard?

—No desconfía de nada. Cree que ya he olvidado su mala pasada.

—Lograrás que te arresten de nuevo.

—No me importa.

—Pero cada arresto es una mala nota en tu ficha.

—¡Qué más me da!... Yo quiero vengarme de ese tío estúpido... ¿Me ayudas?

—No—replicó Pedro enérgico, pues había jugarretas que no le gustaba secundar.

—¿Cómo?

—He dicho que no.

—Está bien; pero no creas que vas a poder dormir esta noche... Estoy dispuesto a llevar a cabo mi venganza, y lo haré.

—Allá tú... haz lo que quieras...

—Yo no me meto con nadie más que con Picard, pero si vosotros os ponéis de su lado, también os tocará a vosotros... ¡Te lo juro!—dijo Paillard, que tenía un temperamento vivo, exaltado, nervioso, vehemente.

Pedro se encogió de hombros. A veces creía que Paillard estaba un poco loco, aunque en el fondo sabía bien que era un buen muchacho y un excelente compañero... pero ninguno se libró de una formidable ducha con que les "obsequió" Paillard una vez acostados.

...

Aquella misma noche, el comandante Vilette hablaba con Magdalena, con su amada, con la mujer que había conseguido arrancarlo del mar, su amante eterno, para hacerle cambiar de vida, para abrirle nuevos horizontes de esperanza y de dichas, para hacerle olvidar las penas pasadas y ofrecerle la

gloria de un presente pletórico de amor y de ilusión.

Magdalena se despedía de él.

—Es preciso que me marche, Enrique—le dijo con aquella voz cálida, cariñosa, suave, que despertaba todos los ecos dormidos de aquel corazón de hombre, al que la vida había herido con duro sarpazo en plena juventud, arrebatándole su esposa y que ahora, en la plenitud de una madurez espléndida y prometedora, le hacía el regalo de un fiel y último amor.

—¿Marcharte? ¿Adónde? —inquirió él, que únicamente se sentía seguro al lado de aquella mujer.

—A Nueva York, a hablar con mi marido...

—Pero... ¿no me habías dicho que tu marido consentía en el divorcio?

—Sí... consiente... él lo ha prometido... Pero ahora me llama y debo acudir.

Villette bajó la cabeza con desaliento.

—Si él te llama es que quiere tenerle otra vez a su lado.

—No — negó ella rotundamente, convencida de lo que decía, segura de que estaba en lo cierto—. No; hace mucho tiempo que todo acabó entre los dos; yo nada represento para él; pero me llama... No sé qué es lo que pasa... Quizá quiere que...

—¿Qué puede querer? —preguntó Enrique con desesperación—. ¡Tam-

bién yo quiero que no te vayas de mi lado!

—¡Oh, Enrique, no me atormentes así!... ¿O es que no quieres que me convierta en tu legítima esposa?—preguntó Magdalena, mirando tiernamente a su amado.

—¡Magdalena! —reprochó Enrique, dolido de la duda.

—¿Entonces?

—Es que tengo miedo de verte marchar; tengo miedo de la vida; tengo miedo de la ausencia.

—Pero no podemos seguir viviendo así, al margen de la ley, siempre violentos, siempre sufriendo el uno por el otro, como si fuéramos dos criminales, cuando todo nuestro crimen es amarnos demasiado...

—Tienes razón... Hace tiempo, mucho tiempo, que quiero decirte algo muy serio, de gran gravedad para mí... Magdalena: tú eres el único amor de mi vida... y si alguien te arrancara de mí, si alguien quisiera interponerse entre tu cariño y el mío, si alguien pretendiera arrebatarte de mis brazos... ¡no sé lo que haría!... ¡Sería capaz de todo!

Magdalena se dejó abrazar estrechamente, hundió su frente en el pecho noble y generoso que le ofrecía un amor desinteresado y absoluto, y contestó, embriagada con aquel amor que era la luz más bella de su existencia:

—Yo también, Enrique, yo también

te quiero así... Tampoco sé lo que haría si te viera alejado de mí... ¡Tú y yo hemos nacido para amarnos siempre, siempre así!

Se besaron para sellar con aquel beso el juramento de amor eterno que sus corazones se hacían en aquel instante supremo.

Marchó Magdalena a Nueva York y Enrique Vilette quedó en la Escuela Naval, al frente de sus cadetes, imponiendo la disciplina del reglamento, y haciendo que todo marchara en la más severa subordinación.

Sólo con Bovy, su fiel Bovy, su compañero de promoción y su amigo de toda la vida, se permitía algún rato de tertulia, comentando las noticias del periódico, charlando de cosas de otros tiempos, o fumando un buen cigarro puro, saboreado a placer.

Los estudiantes, cuando podían se apoderaban de alguno de aquellos periódicos que se leían en la Comandancia, y el diario iba de mano en mano y se charlaba en voz baja de los sucesos más sobresalientes o de las figuras más destacadas, cuya fotografía reproducían los grandes rotativos.

Pedra tenía aquella noche un periódico en el que venía el retrato de una mujer bellísima, de una belleza casi clásica, mezclada a la originalidad

del maquillaje moderno, sabiamente trazado. Era una mujer joven, de grandes y misteriosos ojos señadores. Pedro se sintió atraído por aquel rostro, contempló aquellos ojos largamente y se quedó prendido en ellos, como si en aquellas pupilas hubiera visto reflejada su propia alma.

Todos sus compañeros admiraron a la desconocida.

—No está mal—comentó Pivert.

—A mí me gusta más la gran Helica—bromeó Saint-Yvelino.

—A ver, déjame la ver... ¡Pásame! No está mal del todo—dijo Paillard, con aquel aire de desenfadado y de abandono que ponía en todas sus cosas, como si no fuera capaz de emocionarse por nada ni tomar nada en serio.

—Bueno, pero devuélveme el periódico, que es mío—dijo Pedro, que no quería perder el retrato de aquella bellísima mujer que tan honda impresión le causaba.

—¿Es tuyo de veras?—pregustó Paillard, burlón.

—Sí, es mío.

—¿Y esa señora también?

—También—replicó Pedro prontamente, doblando el periódico y guardándolo a buen recaudo, donde ninguno de sus compañeros pudiera encontrarlo.

Seguían en la Escuela, rutinariamente, metódicamente, las prácticas y enseñanzas navales y aeronavales, la instrucción militar y la práctica artillera,

la teoría de la aviación y los vuelos preliminares que habían de convertir en magníficos pilotos a aquellos muchachos imberbes.

Tomaban con afán y precisión las lecciones los cadetes navales, y cada día, a las mismas horas, hacían idénticos ejercicios que día a día iban cumpliéndose con nuevas enseñanzas, con maniobras nuevas, con la preparación necesaria para que, cuando embarcaran definitivamente en viaje de prácticas o se remoniaran en el aire en vuelos de reconocimiento y en giras de acrobacia, estuvieran lo bastante preparados para que no pudieran ocurrir desagradables accidentes, a menos que el Destino lo dispusiera así.

El oficial daba las órdenes y los muchachos tomaban sus puestos como si en realidad estuvieran ya prestos a lanzarse a la batalla, al vuelo, al disparo del cañón, a aquello que se les ordenara.

—¡Vilene, artillero de altura; Pivert, artillero en dirección; Paillard, al volante!—gritaba el oficial—. ¡A seguir el objetivo!

Los muchachos, afanosos, felices de realizar las órdenes, cumplían fielmente el cometido y se iban entremando poco a poco en todos los trucos de la aviación y de la marina.

—Este truco me mareó un poco—dijo Paillard, que siempre tenía que

hacer algún comentario cuando estaban haciendo prácticas.

—Más se mareará cuando embarque—le replicó Bovy, que tenía una extraña predilección por aquel muchacho discolo, alocado, bullanguero, en el que adivinaba un alma noble y franca, dispuesta a todos los sacrificios.

—De aquí a entonces nos queda tiempo todavía—replicó Paillard.

—El tiempo pasa rápido, Paillard, y sin darse usted cuenta pasará de guardia marina a comandante... y será usted entonces ya un poco viejo y no se habrá dado cuenta de que la juventud pasaba.

Bovy tenía siempre para sus alumnos palabras amables, frases cariñosas y llegaba incluso a tratarlos como camaradas, porque comprendía a la juventud, la amaba, y se disculpaba muchos de sus errores.

En cambio, los demás oficiales, los profesores, todo el personal de la Escuela, tenía puesto el ojo encima de Paillard, porque Paillard era siempre el "punto negro" de la Escuela Naval, el que huía del cumplimiento de su deber, el que se escapaba de los castigos, el que infringía las leyes, el que alborotaba a los demás compañeros con sus ideas un tanto extrañas, pero inofensivas en el fondo.

Al comandante Vilene le llegaban constantes quejas de aquel alumno, pe-

ro Vilette era un hombre justo y no se dejaba influir por ellas.

—Comandante, ¿ha visto usted esta ficha?—le preguntó el profesor mostrándole una ficha llena de faltas.

—No.

—Es la que se refiere al guardia marina Paillard.

—Yo no leo las fichas; procuro conocer directamente a los alumnos.

—Paillard tiene ideas avanzadas.

—Ya las cambiará. A mí no me importan sus ideas; me importan sus hechos—replicó Vilette, volviendo la espalda.

Paillard era exaltado, vehementemente; hubiera querido estar siempre en primera línea, ser el más avanzado en todas las maniobras, arrostrar los mayores peligros.

Decía siempre:

—Para ser aviador se necesitan dos cosas esenciales: tener nervios y amar el oficio.

Y es que él amaba la aviación más que a todo en el mundo, y se hubiera atrevido a los más arriesgados ejercicios si le hubieran dejado volar solo. La pena era que siempre le harían volar con otros compañeros, y él no quería exponer a los demás a cometer locuras surgidas de su imaginación exaltada.

Las prácticas eran del completo agrado del comandante y el entrenamiento aéreo de los muchachos daba

tan excelentes resultados, que estaba orgulloso de ellos, como si todos fueran sus propios hijos.

Después de unos ejercicios admirables, realizados con precisión, con sangre fría y con inaudito arrojo, cuando ya descendidos de los aparatos estaban los cadetes formados ante su comandante, Enrique Vilette, después de pasarles revista, les dirigió esta pequeña arenga:

—¡Señores! He seguido con enorme interés su entrenamiento aéreo y he puesto en él toda mi atención. Me he dado perfecta cuenta de los excelentes resultados obtenidos durante estos dos últimos meses en los vuelos de día. Como antiguo jefe de escuadrilla, me alegro particularmente y les felicito a todos sinceramente. En el momento actual, una escuadra sin aviones es una escuadra ciega. Como los vuelos de día son ya perfectos, he decidido empezar muy pronto con los vuelos nocturnos. Nombraré para el primer vuelo un comandante de Aviación. Marec, ¿quién es vuestro comandante de Aviación actual?

—Paillard, mi comandante—contestó Marec.

—¡Ah, me alegro, me alegro por usted, Paillard, y le felicito!—exclamó Vilette, mirando fijamente a aquel extraño muchacho del que siempre había quejas y parecía tan arriesgado, tan valeroso, tan lleno de pundonor—. Entonces, si su conducta general es satis-

factoria, queda bien entendido, Paillard, que será usted el comandante de Aviación en los vuelos nocturnos, como lo ha sido hasta ahora en los de día.

Paillard quedó radiante de satisfacción. Aquel nombramiento le hacía por

completo dichoso. Era su mayor ambición. Lo había estado soñando hasta aquel momento. Y en su fuero interno se juró comportarse tan perfectamente, que nada ni nadie pudieran arrebatárselo aquel nombramiento tanto tiempo ambicionado.

III

Se hallaban en una torrecilla de a bordo, haciendo ejercicios de entrenamiento, Paillard, Pedro, Saint-Yveline y Pivert, cada uno con su cargo especial.

De pronto, Paillard hizo una extraña maniobra.

—¿Qué haces?... ¿Estás loco? —le preguntó Pedro.

—No... Acaba de entrar en la rada un yate—contestó Paillard, como si ya era único objetivo fuera aquel yate.

—Sí, un magnífico yate — afirmó Saint-Yveline.

—¡Bonita maniobra! —rezongó Pivert, que estaba saturado de teoría, pero que amaba poco la parte práctica de las maniobras—. ¡Una virada a bordo que ha salido así pela!

—¡Cállate y déjanos en paz! —contestaron los otros, muy intrigados con el yate.

Paillard miraba con los prismáticos.

—Hay ropa tendida a bordo.

—¿Pero no buscas el objetivo, pedazo de zoquete?—le gritó Pedro.

—El objetivo es una marejada así de bonita...—exclamó Paillard, descubriendo a bordo del yate una mujer de exquisita belleza.

—¿De veras? — preguntó Saint-Yveline.

—Déja ver—añadió Pivert, queriendo hacerse con los prismáticos.

—Sin bromas...—dijo Paillard, defendiendo sus prismáticos y encarándose con Pivert—. ¿Eres tú o no el artillero?

—Eso te decimos a ti—intervino Pedro—. Sin bromas... ¿buscas o no buscas el objetivo?

—El objetivo se pinta ahora los labios... ¡Oh, está muy bien, pero muy bien! ¡Bah!—murmuró al ver que Pe-

dio le había arrancado de la mano los prismáticos. Ahora ya me da lo mismo, porque la distingo a simple vista.

Pedro lanzó una exclamación entre jubilosa y asombrada:

—¡Dios mío!... ¡Si es la mujer del periódico!... ¡La del retrato!... ¡Es ella!...

—No...—murmuró Paillard, dubitativo.

—Sí, sí, de veras, es ella.

—Sí, sí, es ella—afirmó también Saint-Yveline, reconociéndola.

Y Pivert también asintió:

—No hay duda, es la misma.

Paillard la miró con más detenimiento, hizo un esfuerzo de imaginación, y luego comentó:

—Tenéis razón, es ella y la verdad sea dicha, que me gusta mucho más que la gran Helena... incluso me gusta más que en la fotografía del periódico.

—¿A ti qué te importa, esto?—preguntó Pedro, molesto—. De lo que puedes estar seguro es de que van a arrestarte el domingo, como de costumbre.

—Esto ya lo veremos—replicó Paillard.

Era, en efecto, la que llegaba, ella, Magdalena, la amorosa futura esposa del comandante Vilette que, poco después de haber anclado en el muelle el soberbio yate, se encontraba junto a Magdalena para ofrecerle sus respetos y mostrarle una vez más el gran amor que había despertado en su corazón con

esa fuerza y ese empuje que únicamente conoce el amor tardío, el amor que llega a última hora, el amor que ha de ser como el sudario del alma, porque la envuelve por entero y ya para siempre.

—Es el barco más bello del mundo—decía Vilette, creyendo él mismo en sus palabras, él que estaba acostumbrado a los acorazados grandiosos, a los torpederos complicados, a los barcos de guerra de mayor tonelaje y de más grande desplazamiento.

Magdalena lanzó una jovial risotada y replicó, burlándose un poco de aquel entusiasmo fuera de lugar:

—¡Pero si sólo cuenta con doscientas toneladas!

—Sí... Pero yo no he dicho que fuera el barco más grande del mundo, sino el más bello... y lo sostengo, porque es él el que te ha traído hasta aquí.

—Es verdad... El yate formaba parte de mi dote, cuando me casé... y han querido devolvérmelo. Lo he aceptado dichosa, porque... ¿sabes lo que pienso?

—Sí—contestó Vilette con aplomo, como si leyera el pensamiento de su amada.

—¡Oh!... ¿Cómo lo sabes? ¿En qué pienso?—inquirió ella, intrigada.

—Has pensado en mí cuando te han dado el barco.

—Sí, es cierto, he pensado en ti... y he pensado que quizá, alguna vez, te

guste ser comandante de nuevo en alta mar...

—¿Cómo?... ¿Ahora eres tú quien me incita a volver al mar, después que me has hecho renunciar a él?—preguntó Enrique, mirando con asombro a la joven.

—Te incito a volver al mar... conmigo... No es lo mismo, ¿verdad? Yo no quiero que el mar te separe de mí; pero tampoco quiero ser yo un obstáculo para que tú no vuelvas al mar... Por eso este diminuto barco amará las dos cosas que más quieres en el mundo: el mar y...

—Tú, mi vida...—concluyó Vilette, estrechando en un amoroso abrazo a aquella criatura que con tanta sencillez le sabía dar toda la felicidad.

...

Magdalena se instaló en la ciudad. Había conseguido la separación, y ahora ya no precisaba más que formalizar los últimos detalles para obtener su completa libertad y poder rehacer su vida al lado de Enrique Vilette, de aquel hombre que, en la plenitud de la vida, en una esplendorosa madurez plerónica de dulcísimas promesas, le había entregado su alma, ingenua como la de un niño.

Vilette veía a Magdalena en cuanto los actos de servicio le dejaban tiempo libre, y se admiraba de aquella mujer

que hasta entonces fuera un poco reservada, un poco exigente, un poco melancólica, y que ahora, después de aquel viaje a Nueva York en el que había conseguido recobrar su libertad, se mostraba ya sin reservas y sin temores, tal como ella era, tal como sería siempre si el hombre amado sabía mantenerla en aquella atmósfera cálida de amor sincero y de ternura infinita.

—¿Por qué me miras así?—le preguntó Magdalena aquella tarde en que Enrique había ido a verla y se había quedado sorprendido de la maravillosa transformación experimentada por su amada— ¿Por qué me miras así?... ¿Son reproches?...

—¿Reproches?... ¡Oh, no, Magdalena, no, nada reprocho!... En todo caso estoy... ¿cómo te diría yo?... un poco confundido.

—¿Confundido?

—Sí, esta es la palabra. Desde que te he vuelto a ver, te miro y me pregunto si eres la misma mujer...

—Me asustas, Enrique... ¿Tanto he cambiado?—interrogó Magdalena, mirando a su vez con sorpresa a Vilette.

—No, no es esto lo que quise decir... No has cambiado, Magdalena... Estás muy bien, muy bella... quizá más bella que nunca... No, no eres tú la que ha cambiado, pero sí hay algo en ti que es distinto... Te encuentro un poco...

—¿Americanizada?—concluyó Mag-

dalena, mientras dejaba escapar de sus labios finísimas volutas del humo arrancado a su cigarrillo.

—Quizá...

—¿Por qué lo dices? ¿Porque antes no fumaba y ahora fumo? ¿Es esto lo que te extraña?

—Quizá...—replicó él, mirando con arrobamiento a aquella deliciosa criatura que le sonreía y le ofrecía toda la luz de sus ojos maravillosos en la que veía arder el amor que por él sentía.

—¡Ah!... Y tú, ¿por qué no fumas tu pipa?... Ya verán cómo va a resultar que eres tú quien ha cambiado. Anda, fuma.

—¿Crees que debo...?

—¡Naturalmente!... ¿Sabes qué es lo que falta a esta casa para ser perfectamente habitable?

—No.

—Pues ya sí... Le hacen falta grandes nubes de humo, de ese humo espeso y áspero que sale de las pipas de los buenos fumadores — dijo Magdalena, obligando a Enrique a ponerse la pipa entre sus labios.

—¡Ah, chiquilla! ¡Ahora sí que estoy seguro de que esta Magdalena que está ante mí no es la misma de hace unas semanas. La de antes no es la de ahora. América la ha transformado por completo. La Magdalena de antes me prohibía apentar su casa con el humo infernal de mi pipa... La Magdalena

de hoy me obliga a llenarle la casa de humo con mi pipa... La Magdalena de ayer arrojaba mis pipas al mar...

—¿Eso hacia la muy desalmada?

—Sí, eso hacia, y yo era dichoso complaciéndola.

—Pues hoy es ella la que se siente dichosa viéndote fumar.

—¡Oh, gracias!

—¿Me quieres, Enrique?—preguntó Magdalena, mimosa, recostando su cabecita soñadora y serena sobre el pecho fuerte y noble del marino.

—¡Te adoro, mi vida!—contestó él besándola apasionado.

Villette se sentía totalmente dichoso. Ahora la vida en la escuela era para él más fácil, porque ella estaba allí y sabía que en su casa encontraba un refugio seguro donde vivir unas horas de olvido, de tranquilidad y de dicha infinitas.

Los muchachos nada sospechaban. La vida en la Escuela se iba deslizando dentro de su monótona disciplina, y los alumnos, adaptados a ella desde los primeros momentos, no la sentían pesar sobre sus hombros, antes al contrario, apreciaban en lo que valían aquellas años de Escuela Naval que los estaba forjando en el amor a la Patria, en la obediencia y en el pundonor, y que les hacía hombres, hombres verdaderos, ca-

paces de todos los sacrificios si el caso llegaba.

Revela general había en el dormitorio aquella mañana. Era domingo y, por tanto, día de libertad, de jolgorio, de asueto y de diversión.

Los inseparables, Pedro, Paillard, Saint-Yveline y Pivert, se acicalaban con más cuidado que de costumbre. Desde que aquel yate había llegado a Brest ellos sentían en su conciencia el deber de estar siempre hechos unos buenos mozos... por si acaso.

Este "por si acaso" quería decir muchas cosas para ellos. No perdían la esperanza de encontrar a la bellísima pasajera del yate. Y si la encontraban querían producirle una buena impresión. Cada uno de ellos se creía un Don Juan. Cada uno de ellos estaba seguro de que si la mirada de aquella mujer se cruzaba con la suya habría de brutar, enérgica y esplendorosa, la llama del amor.

—Vamos, date prisa, que me toca el turno —apremiaba Paillard, siempre con aquella vehemencia que ponía en todas sus cosas.

—Espérate... Al fin y al cabo, acicalado o no acicalado, siempre serán una calamidad. ¡Déjame a mí, que estoy hecho un figurín!

—¡Eres un imbécil!

—Quizá... ¡pero tengo grandes ideas!

—¿Ideas, tú? ¡Imposible!

Paillard dió unas vueltas ante el espejo, se contempló con gusto y agrupando en torno suyo a sus compañeros, les dijo en tono misterioso:

—Pues sí, señores... ¡Tengo un plan formidable!

—¿Qué plan es ése? ¡Habla ya!

—Un plan magnífico para presentarnos a nuestra gentil desconocida y ofrecerle nuestros respetos.

Todos le miraron como si temieran hubiera perdido la razón, pero Paillard se sentía satisfecho de sí mismo, de sus ideas y de aquel plan en el que había meditado largamente y que ahora, a fuerza de acariciarlo en su imaginación, suponía fácil y realizable.

—¿Pero, cómo cuentas tú entablar ese conocimiento?—preguntó, un poco temeroso, Saint-Yveline.

—¿Queréis obedecermos y seguirme?

—Primero quisiéramos saber...

—¡Clases!... Nada de saber de antemano... Así la sorpresa será mejor. ¿Cuento con vosotros?

—Bien—replicaron Pivert y Saint-Yveline.

—¿Y tú, Pedro? ¿Qué es lo que tienes?

—Nada.

—¿Vienes?

—Vamos.

Salieron de la Escuela y bajaron hasta los muelles.

—¿Preparados para saltar?—pre-

guntó Paillard, aprestándose a saltar dentro de una canoa de la Escuela.

Todos saltaron a ella y bogaron en dirección al yate que se destacaba en medio de la rada soberbio, elegante, ágil, bellísimo, reflejando su silueta en el agua inmóvil, como una mujer coqueta que viera satisfecha reflejada su figura en la superficie de un espejo.

Paillard era el más animado de todos. Pedro el que estaba más cabizbajo.

—¿Qué te pasa a ti? Supongo que no te marcarás—le embromó Paillard, para sacarle del mutismo en que Pedro se había hundido.

—Yo creo que no podemos presentarnos así, sin más ni más, ante una dama—arguyó Saint-Yveline, que comenzaba a estar arrepentido de aquella diablura estudiantil que podría acarrearles serios disgustos.

—Pero es que no se trata de presentarse ante ella—dijo Pedro prontamente—sino de verla de lejos.

—Verla de lejos... acercarse a ella... e incluso hablarle... Este es mi plan—explicó Paillard concretamente.

—¡Cómo!—exclamó Pedro contrariado.

—Chicos, estamos decididos a todo... Y si a ti no te gusta puedes quedarte en el camino—contestó Paillard en aquel tono chungón que usaba siempre para hablar a sus camaradas.

Pedro se mordió los labios. Ya no podía retroceder. Era preciso seguir

hasta el fin aquello que podía ser una jugarreta inofensiva de estudiantes, pero que bien pudiera convertirse en una exageración imperdonable.

Pivert, que era tímido y únicamente se dejaba arrastrar a cometer locuras para no ser luego víctima de las burlas constantes de sus compañeros, murmuró:

—¿Pero qué le diremos cuando nos encontremos ante ella?

—¡Oh, eso es fácil!... ¡Yo tengo mucha costumbre de hablar con las señoras!—exclamó Paillard con fanfarronería.

—Sí... con la gran Helena—comentó Pedro, muy irónico.

—¿Y si esa señora nos echa a la calle cuando nos vea?—inquirió Saint-Yveline.

—¿Y si va a quejarse a la Escuela?—dijo Pivert, que cada vez tenía más miedo de las consecuencias que podría aportarle aquella escapatoria.

—No hay que dar nuestros nombres... Le diremos que somos los tres mosqueteros.

—Pero seremos cuatro—dijo Pedro, que ya se animaba a ir con ellos.

—Entonces, ¿decididamente, vienen con nosotros?

—Sí, pero con una condición... Que no nos acerquemos al yate.

—¡Oh, esto es muy fácil!... Lograremos que ella venga a nosotros en la canoa.

Bogaron en dirección al yate, Magdalena estaba sobre cubierta, dispuesta a salir. Quería ir a tierra y daba las últimas órdenes a sus marineros, bien ajena al juego que estaban preparando los cuatro estudiantes.

Paillard vigilaba el yate, mientras los otros sentían crecer en su pecho la angustia de aquellos momentos.

Paillard iba dando órdenes:

—¡Vamos, muchachos, virad a babor!

Unos marineros que estaban en la cubierta del yate contemplando la canoa de los estudiantes, comentaron entre ellos:

—¿Qué querrán ésos que nos miran así?... ¿Se estarán chungueando de nosotros...?

—Vamos... virad... Queridos muchachos... Ahora que estáis tan bien acicalados, tan guapos, tan bien puestos... ya llegado el momento... Desviad al virar... ¡Anclad a estribor!

Hábilmente hicieron volar la canoa y dieron entonces grandes gritos de:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Magdalena se asustó de veras:

—¿Qué es eso?... ¡Ha volcado una canoa! Se han hundido sus tripulantes... ¡De prisa, corran en su auxilio! —exclamó, mirando con inquietud el lugar de la catástrofe.

Los marineros que habían visto bien la maniobra, replicaron:

—¡Oh, no se preocupe usted, señora... la han volcado adrede!

Pronto estuvieron sobre cubierta y frente a Magdalena los fingidos naufragos. Chorreando agua, el pelo pegado a las sienes, los vestidos amoldados al cuerpo, Piveri, Pedro y Saint-Yveline se encontraron frente a la dama sin saber qué decirle, avergonzados, confusos, ridículos en aquella apariencia de gatos mojados.

—¿Pero no eran ustedes cuatro?— preguntó Magdalena todavía con un temblor de angustia en la voz—. ¿Dónde está el otro?

—Aquí estoy, señora... Perdona... Mis más humildes respetos—dijo Paillard, presentándose por el lado opuesto del barco.

—¿De dónde viene usted?

—De ahí... ¿Le sorprende?... He escalado el barco por donde me ha parecido más fácil. ¿Está admirada?

—Sí, admirada y sorprendida—replicó Magdalena, mirándolos fijamente a los cuatro—. Sorprendida de ver que naufragan ustedes con semejante tiempo y dentro de la rada. No les felicitó a ustedes como marineros. Malos estudiantes deben de ser.

—¡Oh, no se preocupe por eso!—dijo Paillard que pretendía darselas de hombre de mundo y no quería dejar ni una sola vez sin réplica a Magdalena.

para demostrar así a sus compañeros que él sabía tratar a las damas.

—No, no, ustedes no me preocupan en absoluto—contestó Magdalena, que comenzaba a sospechar de la autenticidad del naufragio—. Lo que me preocupa es mi puesto... ¡Lo están ustedes poniendo perillito!... Veamos, Hermite, dé a esos señores algo con que secarse y un vaso de coñac para que se les pase el susto—ordenó a uno de los marineros.

—Gracias, señora — murmuró Pivert, inclinándose con respeto.

—Señora, nos hará el honor de...— comenzó a decir Paillard.

Pero Magdalena, volviéndose la espalda gravemente, dijo, mientras se alejaba con paso rápido:

—Perdonen, tengo muchas cosas que hacer...

El marinero a quien Magdalena encargara los naufragos, les dijo, viéndoles anonadados por aquella brusca despedida:

—¿Quieren venir conmigo, señores?

Les hizo bajar a los camarotes y les dio toallas para secarse y algunas prendas de ropa para que pusieran cambiarse y dejar que sus trajes se secaran.

Cuando se vieron solos, Saint-Yveline dijo a Paillard, que estaba un poco avergonzado, pero no quería demostrarlo:

—Chico, te felicito... Como seduc-

tor, estás por completo fuera de concurso.

—¿Por qué?... ¡No nos ha tirado por la borda!

—No... pero nos ha tratado con un poco de indiferencia, por no decir que nos ha tratado a puntapiés.

—Ya hablaremos de eso más tarde... cuando la hayamos tratado más... Estoy seguro de que volveremos a verla... Mira, el pijama no me está del todo mal—añadió, haciendo unas piruetas y luciendo un estrafalario atuendo—. En fin— no hay otra cosa que ponerse y no me puedo quejar de mi aspecto.

—¿Te quieres callar?—gruñó Pedro, que estaba de pésimo humor por todas aquellas locuras que nada bueno podían reportarle.

—Bien, me callo; no diré una palabra más... ¡Pero ya verás cuando ella vuelva!... Una mirada, dos suspiros... ¡y conquistada definitivamente!

—Ya lo veremos—murmuró Saint-Yveline, con sus dudas y recelos.

Magdalena soltó una franca risotada cuando les vió vestidos de aquel modo.

—¡Están ustedes encantadores! — les dijo burlona—. No pueden seguir vestidos así. Voy a ordenar que les den trajes de la tripulación; trajes de verdaderos marinos.

Magdalena ordenó que les dieran trajes de la tripulación, y los mucha-

chas, que habían ido en plan de verdadera conquista, cargados de ilusiones y creyendo de buena fe que aquella bellísima mujer se fijaría en unos muchachitos imberbes, se miraron unos a otros un tanto desconcertados. Saint-Yveline, con sinceridad, les dijo, viéndose vestidos de marineros:

—Amigos míos, estamos haciendo el más espantoso de los ridículos.

—Acaso tengas razón—contestó Pivert, que miraba fijamente un retrato de Magdalena colocado sobre una de las mesitas auxiliares—. Esta mujer se ha burlado de nosotros. ¡Pero es tan deliciosamente bonita!... Me parecen que voy a robar el retrato.

—No hagáis más locuras—rogó Pedro, que estaba nervioso y malhumorado, pues estimaba que la broma había sido llevada hasta más allá de lo lógico y natural—. Sería muy desagradable ponerlos en evidencia delante de esa señora... ¿Pero qué es lo que hacen tú ahora?—interrogó, volviéndose furioso hacia Paillard, que acababa de dar cuerda a la gramola y hacía sonar un disco.

Paillard, con su aire imperturbable, de hombre que no se inmuta por pequeñas cosas, replicó dando unas pasos por la estancia:

—Acaso a ella le gusta bailar y acuda al son de la música.

—¿Y serás tú quien la invite a bailar?

—Sí, ¿por qué no? Soy el único bailarín que está a la altura.

Magdalena, que había escuchado desde cubierta el son de la música, volvió sobre sus pasos y entró en la cámara preguntando con un gesto que quería ser de cojo y que, en realidad, no era nada más que de burla:

—¿Quién ha puesto la gramola?

—D'Artagnan, señora—contestó con aplomo Paillard.

—¿Y quién es d'Artagnan?

—Yo mismo, señora.

—¡Oh, cuánto lo alesto!... Siempre ha tenido predilección por Aramis—replicó Magdalena, irónica y divertida, ante aquellos chicos que parecían niños traviesos escapados del colegio para hacer una travesura.

—Pues Aramis también está aquí... Tengo el honor de presentárselo a usted—añadió Paillard, mostrando a Pedro, que estaba rojo de vergüenza.

—Señora—dijo Pedro, inclinándose con una inclinación respetuosa y atenta ante la dama—, nos hemos conducido como unos perfectos atolondrados... Le ruego que quiera aceptar mis excusas.

—Y las mías también, señora—añadió Saint-Yveline, inclinándose a su vez.

—Y las mías—dijo Pivert, en idéntica actitud.

Paillard les miró a todos, sonrió y dijo a su vez:

—En este caso, señora, también yo le presento mis excusas.

Magdalena sonrió evidentemente complacida. No la molestaba la actitud de los cadetes. Le hacía gracia. Comprendía a la juventud y, al fin y al cabo, como mujer tenía que agradecerles su osada galantería.

—Bien, acepto sus excusas. Pero... ¿por qué han representado esta comedia? — les preguntó, mirándolos con aquellos ojos que les habían atraído y conquistado desde el primer momento.

—Señora, es fácil de comprender... Un yate, en Brest, es una cosa tan desusada... Aquí no vemos más que acorazados... ¡Y es tan raro encontrarlos con una mujer bonita como usted!

—Quisimos ver la aurora de cerca. Demasiado de cerca... — murmuró Pivert, que se sentía poeta en aquellos momentos.

—Sí, y para verla nos inclinamos tanto... que hemos volcado — explicó Paillard.

—¡Oh, qué chiquillos!... Ahora lo comprendo todo — rió Magdalena.

—¿Y no se enoja?

—¿Por qué voy a enojarme?

—Señora... no sé expresarme muy bien — intervino Pedro, que quería de cualquier modo excusarse ante aquella mujer que ya lo era todo en su vida, porque antes de conocerla la había amado con esa fuerza pujante y av-

salladora del primer amor... No sé expresarme bien, pero le ruego que nos perdone a todos... Ha sido un homenaje que hemos querido rendirle... Un homenaje muy torpe, es cierto, pero en todo caso ha sido un homenaje.

—Gracias — contestó Magdalena emocionada por aquellas sencillas palabras en las que temblaban la adoración y el respeto—. Debían haber empezado por decirme esto y las cosas hubieran resultado más fáciles desde el primer momento.

—¿No se ha molestado usted porque he puesto este disco? — inquirió Paillard, viendo que todo se situaba en buen terreno y estaban consiguiendo hacerse amigos de aquella desconocida.

—De ningún modo... Adoro esta melodía.

—Entonces, si me permite... — dijo Pedro adelantándose y ofreciéndole el brazo.

Magdalena aceptó. Aquel muchacho era interesante. Le gustaba por lo serio, lo correcto y lo joven que era. Se dejó enlazar por sus brazos y bailaron al compás de aquella música que les mecía dulcemente, que les envolvía en su melodía, que les hacía vivir en tales instantes lejos del mundo, como si flotarán en una atmósfera superior y se encontraran olvidados de todas las bajezas de la tierra.

Pedro se sintió animado por aquel

baile que le unía momentáneamente a la mujer amada y, casi sin atreverse a mirarla, le dijo bajito, como en un susurro, como en una confidencia:

—Señora, vamos a dar pronto en la Escuela Naval nuestra fiesta de fin de curso. Todos nosotros somos los organizadores. Se bailará después del desfile y de las maniobras. ¿Nos hará usted el honor de asistir a ella?

—¡Oh, pero si yo no asisto nunca a fiestas oficiales! — exclamó Magdalena, sin negar ni aceptar.

Pero Pedro tuvo la conciencia absoluta de que Magdalena no dejaría de asistir a la fiesta de final de curso, y aquello le llenó de placer, como si fuera la más sublime de las promesas.

IV

Llegó el día de la fiesta y los cadetes se habían preparado para ella con el desbordante entusiasmo de la juventud.

En la bahía, el buque escuela estaba preparado para zarpar y los muchachos dispuestos para hacer las maniobras que habían de consagrarles ya como marinos. Terminaba un curso, y con él, la promoción de Pedro y sus compañeros, daba por terminados sus estudios en la Escuela Naval. Si las prácticas eran aprobadas en tan solemne día, pasarían ya a formar parte de la tripulación del buque escuela y partirían en viaje de estudios.

Magdalena había acudido a presenciar las maniobras. Había acudido porque el comandante Vilette la había invitado particularmente; pero los cadetes atribuyeron su presencia a la invitación que ellos le habían hecho el día de su imprevista visita al yate.

Veía Magdalena cómo el buque escuela se alzaba majestuoso y bello sobre la superficie calma del agua de la bahía y, sonriendo con aquella su bella y dulce sonrisa, preguntó, mirando al

comandante, al llegar al lugar de la fiesta:

—¿Ha sido suya la idea de reconstruir, para la fiesta, el viejo "Borda"?

Este era el nombre del antiguo buque escuela, en el que hiciera sus prácticas el mismo comandante Vilette.

—Sí, Magdalena, ha sido mía la idea y los alumnos lo han preparado con todo su entusiasmo.

—¡Entusiasmo!... Este es su famoso lema.

—Sí, el entusiasmo es la única virtud que nos conduce a todas las grandes acciones. Nada puede haberse bien sin el entusiasmo.

—Es verdad... — murmuró Magdalena. Y, viendo a Bovy que se paseaba por el puente, le preguntó:

—¿Y aquél, quién es?

—La "Viuda" — contestó con aplomo Vilette.

—¿Cómo? — inquirió Magdalena extrañada.

Rió Vilette y dijo, mirando a su amada:

—Se la llama la "Viuda", pero es, en realidad, el comandante segundo.

—¿Y por qué ese apodo?

—Se lo explicaré: sobre el viejo buque "Borda", el comandante no debía dejar jamás su puesto, en ningún caso y por ninguna razón. El reglamento era inflexible en este punto. Incluso cuando el buque escuela hacía escala y todos los alumnos tenían permiso para ir a hacer una virada por tierra, el comandante debía quedarse a bordo. Y allí se quedaba, tristemente, como una viuda... De ahí el que se le haya dado ese nombre.

—Y a ti... ¿cómo te llaman?

—A mí, "Papá" —contestó Vilette, acordándose de su hijo.

Bovy llegaba hacia ellos en aquel momento y Vilette le presentó a Magdalena:

—Permítame, señora, presentarle un viejo amigo, el comandante Bovy. La señora Level.

Vilette hablaba de usted y trataba con mucho respeto a Magdalena cuando estaban ante gente extraña. Unicamente en la más absoluta intimidad la tateaba y le exteriorizaba el gran cariño que por ella sentía.

Bovy besó la mano de la dama, saludó militarmente y dijo a Vilette:

—Avisan la llegada del prefecto... y de la prefecta... Tendrá que salir a recibirlos, mi comandante.

—Con su permiso, señora... Bovy le hará compañía mientras yo recibo al prefecto y a su esposa.

Vilette se alejó y Bovy hizo a Magdalena los honores, paseando con ella por los alrededores de la Escuela.

Paillard, que no perdía ocasión de fisionomarlo todo y de meterse en todo, descubrió a Bovy y Magdalena, y cogiendo a Pedro por el brazo, se los mostró, diciéndole:

—¿Has visto?

—¿Qué?

—Mira... la "Viuda" ya no es viuda... ¡Buena compañía lleva hoy!

Pedro hizo un gesto bruto y se alejó sin explicar, mientras Paillard se le quedaba mirando como si no acertara a comprender qué era lo que le pasaba a su amigo.

El comandante Vilette, entre tanta, hacía los honores al prefecto acompañándole por todas las dependencias de la Escuela.

—Me admira, comandante Vilette, que no eche usted de menos su mando desde el puente, que pueda acostumbrarse a vivir en tierra, después de haber navegado tantos años con sus alumnos a través de todos los mares y bajo todos los cielos—decía el prefecto al comandante.

—Mi querido prefecto, la Escuela es también como el puente de mando de un buque... Claro está que un poco más grande... pero así se puede maniobrar mejor... Me atrae la juventud, y la Escuela Naval es la primera juventud. Los que al salir de ella logran embarrar, ya no son tan jóvenes...

...

En el salón de fiestas del viejo "Borda", se había organizado el baile. Era el momento de divertirse, de reír, de gozar, de demostrar la verdadera juventud, aquella juventud de la que había hablado Vilete y que, según él, dejaba de ser juventud en cuanto abandonaba la Escuela Naval para lanzarse al mar.

Paillard que, como siempre, era el más díscolo, el más disipado, el más despreocupado de todas las alumnas, se aprovechaba cuanto podía de la fiesta, y, en cuanto sonaron los primeros compases del baile, buscó a Magdalena y la invitó a bailar. Le dijo mil locuras, la hizo girar con violencia, la llenó de flores con aquella avalancha de palabras que fluía siempre de sus labios, y Magdalena, divertida con aquel vehementemente cadete, exclamaba:

—¡Es usted gracioso, muy gracioso!

—Señora... soy como mi madre qui-

30...

—Muy poco serio, creo yo — rió Magdalena.

—Quizá... y acaso sea también un vago y un inepto y no saque nunca ningún fruto razonado de la vida...

—Me sorprendería que así fuera... Navega usted mal, me consta, pero también me consta que salta usted perfectamente — comentó Magdalena acordándose del día en que Paillard hizo naufragar la lancha y se encaramó como un gato en su yate.

—¿Me toma usted por un saltador?

—No he dicho tanto... No creo que pueda usted franquear todos los obstáculos.

—¿Cree usted?... Pues entonces, agárrese bien, porque voy a franquear uno que parece insuperable... El saltador la adora, señora.

Rió Magdalena, no queriendo dar importancia a aquella declaración súbita e inesperada.

—Ya ve que no salta usted muy lejos... Tiene demasiado cerca el objetivo — le contestó.

—Bien, pues para saltar definitivamente, deme usted un poco de estímulo, ofreciéndome, al menos...

—¿Mi amistad? — interrumpió Magdalena, antes de que Paillard pudiera terminar su frase —. Hecho, le ofrezco mi amistad, pero pruébeme usted que es digno de ella.

—¿Cómo?

—Devuélvame el retrato que se llevó — dijo Magdalena, mirándole fijamente.

—¿Llevado yo?

—Sí, usted.

—No he sido yo — aseguró Paillard con mucha seriedad —. Le doy mi palabra de marino de que no he sido yo.

—Está bien, le creo...

Terminaba el baile. Ya esperaba Pivert su turno para bailar con Magdalena, y casi se la arrebató de los brazos de Paillard cuando sonaron los primeros acordes del nuevo baile. También Pivert se declaró a Magdalena, también ésta le ofreció su amistad y le rogó que se hiciera digno de ella devolviéndole la fotografía desaparecida. Magdalena sabía que uno de los cadetes se había llevado la foto, quería recuperarla, pero ignoraba quién de ellos era su poseedor.

Cuando se encontraron Paillard y Pivert, el primero le dijo con una euforia y un entusiasmo inusitados, como si le confesara el descubrimiento de un nuevo mundo o de la cuarta dimensión:

—Pivert, amigo mío... ¡acabo de decir a una mujer que la quiero!

—¿Toma, pues yo acabo de hacer lo mismo! — confesó Pivert con su ingenua sencillez.

—Y ella me ha ofrecido su amistad... — siguió diciendo Paillard.

—No me digas... A mí me ha ofrecido lo mismo.

—Y luego me ha dicho que me hiciera digno de ella y me ha reclamado un retrato...

—Exactamente igual que a mí.

—Y yo no lo tengo.

—Ni yo tampoco — confesó Pivert bajando la cabeza con desaliento.

—Amigo mío, no hay duda de que se trata de la misma mujer.

—Es lo que me estoy temiendo.

Y mientras los dos amigos tenían esta conversación, Magdalena, que ahora bailaba con Saint-Yveline, reclamaba a éste la fotografía, después de haber escuchado de sus labios idéntica declaración de amor.

Hubo un corto descanso en el baile. El bufete fué muy visitado y los cadetes aprovechaban la ocasión reserbiéndose de todo un curso de abstinencia y de severo reglamento.

Cuando volvió a sonar la música, Pedro se acercó a Magdalena, la saludó galante y le dijo con aquella voz emocionada que le salía de la garganta siempre que se dirigía a ella:

—¿Qué prefiere usted, bailar o respirar el aire marino?

Magdalena le miró como si volviera de un sueño y le contestó con su dulce sonrisa:

—Prefiero un cigarrillo.

—¿Oh, hoy me es fácil complacer-

la! — replicó Pedro, ofreciéndole su pitillera con orgullo.

Magdalena tomó un cigarrillo, lo llevó a sus labios, lo encendió y dejó escapar unas bocanudas de humo deleitándose en su aroma.

Pedro la miró con entusiasmo.

Aquella mujer estaba bellísima en todo momento y en cualquier actitud que tomara. Gozaba el muchacho intensamente de aquellos instantes y lanzando un hondo suspiro, murmuró, como en éxtasis:

—Un cigarrillo... música... la mujer más bonita del mundo a mi lado... y unas horas de libertad y de abandono... ¡Todo lo que una está prohibido durante el curso! ¿Qué mayor felicidad podía desear yo?

Magdalena volvió a él sus grandes ojos soñadores y repuso:

—Entonces... ¿de veras es usted completamente feliz?

—Esta noche, sí—afirmó él sin titubear.

—Es el primero que se lo oigo decir... Todos sus compañeros se quejaban hace poco de que eran tan desgraciados... ¿Usted sabe por qué?

—No—contestó Pedro extrañado.

Magdalena calló. Pedro no interrumpió su silencio. Las dos se quedaron inmóviles en sus propias penamientes, como si así estuvieran más unidos que hablando íntimamente.

Fué ella la que rompió aquel silencio que se iba haciendo peligroso.

—Es usted menos hablador que sus compañeros — dijo, queriendo quitar importancia a la extraña impresión que la iba embargando.

—Quizá sea porque las cosas que yo tengo que decir no se pueden decir en voz alta, ni así, de pronto, en un ambiente poco propicio para exteriorizar sentimientos demasiado profundos.

Magdalena volvió a callar. Aquel muchacho la turbaba sin acertar a explicarse por qué.

Fué ahora Pedro el que rompió el silencio:

—¿Por qué no me pide a mí que le devuelva su fotografía?

—¿A usted?... Pero no es usted quien la tiene—exclamó Magdalena.

—Sí, soy yo.

—¿Entonces, el ladrón es usted?

—Sí.

—¡Oh!... Jamás lo hubiera imaginado. Le creí el más formal de todos, y ahora resulta que es usted...

—Sí... ¿Y por qué no me pide que se la devuelva, como ha hecho con los otros? — urgió Pedro con vehemencia.

—¿Por qué?

—¡Claro que se la pido! No ven la razón por la cual ha de quedarse usted con mi fotografía... Lo mismo que la ha pedido a sus amigos, se la pido a usted... Y si no lo he hecho antes, es porque no creí que fuera usted capaz de apoderarse del retrato de una dama...

—Oiga... Quiero decirle una cosa...



—Dime, ¿te gusta la Escuela?



—¿Por qué lo dices? ¿Porque antes no fumaba y ahora fuma?



Magdalena ordenó que les dieran trajes de la tripulación...



Era el momento de divertirse, de reír, de gozar...



—Es usted menos tar-
blador que sus com-
pañeros.



Se interrumpió. Su padre venía hacia ellos.



—Es usted un niño, nada más que un niño...



—¿Y cuándo me presentará solemnemente al almirante?



...tenía un aire fatigado y sobre todo una
marca de honda preocupación en su frente.



—Entonces, voy ya... ¡Estupendo!
¡Nadie se enterará!



Le trasladaron al hospital y le hicieron una cura de urgencia.



—Vamos, hijo mío...
¿No tienes nada que
decirme, nada que
confesarme?



Se formó el tribunal y Pedro compareció ante él.



La resolución de Pedro
era irrevocable.



—¿Y qué te dijo ella?
—Que te quería tanto
como tú a ella...



—Pedro me ha remitido su dimisión.

Mañana por la noche tengo permiso... Sí, podré ir a tierra y tendré libertad... Autorízame para ir a su casa a devolvérsela yo, personalmente...

Se interrumpió. Su padre venía hacia ellos y no quería que escuchara sus palabras. Se cuadró y, dirigiéndose a Magdalena, le dijo:

—Permítame, señora, que le presente al comandante Vilette... La señora Level—añadió, dirigiéndose al comandante.

Vilette y Magdalena cambiaron una mirada comprensiva y, saludándose como dos extraños, murmuraron:

—Señora...

—Comandante...

Pedro aprovechó un momento para surgir de nuevo a Magdalena:

—Me autoriza usted, ¿verdad?

—Sí, sí — replicó ella, visiblemente turbada.

El comandante se inclinó ante Magdalena y le ofreció el brazo invitándola a bailar.

—¿Me permite? Ha llegado mi turno, señora...

Se alejaron, enlazados estrechamente, llevados por la música, mecidos por la danza.

* * *

—Te he seguido desde lejos toda la noche — dijo Enrique Vilette a su amada cuando estuvo seguro de que

nadie podía oírles—. Sin rencor, te he seguido y he sufrido...

—Me consta... Has tenido que hacer penitencia hasta ahora — replicó Magdalena.

—Tengo el convencimiento de que toda la Escuela se irá a dormir esta noche enamorada de ti.

—¡Oh, tus alumnos son muy simpáticos, pero no pasan de ser unos niños! — contestó Magdalena, que no había dado mayor importancia a todas aquellas declaraciones amorosas, tan naturales en muchachos de aquella edad y en semejantes circunstancias.

—Sí... muy simpáticos — murmuró Vilette, visiblemente preocupado.

Y como si fuera una única idea la que le martilleara el cerebro, preguntó, tras un lapso de silencio:

—¿Qué te ha parecido el que me quisiera presentar a ti?

—Encantador.

—Es mi hijo — confesó Vilette con una seriedad que hizo daño a Magdalena.

—¿Cómo?... — inquirió ésta con un temblor en la voz.

—No lo subas, naturalmente — replicó Vilette, irónico.

—No, te lo aseguro... Me ha invitado a bailar, pero yo no he reparado bien en su apellido cuando se ha presentado a mí.

—¡Qué casualidad! ¿Y se te ha declarado?

—Es el único que no le ha hecho —aseguró Magdalena, mirando con una larga y dulce mirada a Enrique, envolviéndolo en el tesoro de su ternura y de su amor, queriendo convencerle de que para ella, en el mundo, no había más hombre que él y que toda su alma y toda su vida eran tan íntimamente suyas que nada ni nadie les podría separar.

Siguieron bailando. Ya todos los bailes los bailó Magdalena con Vilette, hasta el punto que Pivert se acercó a Paillard y le dijo en voz baja:

—Por esta noche, nos han robado a Magdalena.

—¿De veras? ¿Quién?

—“Papà” — contestó Pivert, llamando con aquel nombre familiar a Vilette.

Paillard miró hacia donde estaban bailando Vilette y Magdalena, lanzó un suspiro y fué a ahogar su dolor en unas copas de champaña.

...

—Ahora estamos bailando sobre la línea — decía Enrique a su amada, sonriendo ya, olvidado de la tortura que le habían indigido mas celos que ahora tachaba de absurdos.

—¿Qué línea? — preguntó ella, sin comprender.

—Esta — indicó Vilette, mostrando-

sele. Y explicó:— Era una de las pruebas más duras para los marinos que entraban a bordo. Si llegaban embriagados, no eran capaces de seguir esta línea, y la “Viuda” no les dejaba pasar y quedaban arrestados.

...

Horas después, terminado el baile, cuando los cadetes tenían que desfilar delante del segundo de a bordo, Pedro, que iba detrás de Paillard, le decía en voz baja:

—Procura seguir la línea, que te sales de ella.

—No recibo órdenes de nadie, si no es del Ministro de Marina — replicó Paillard, que llevaba en la cabeza todos los vapores del alcohol que había ingerido.

—Atención, Paillard, la “Viuda” te mira... Anda derecho — insistió Pedro, que se daba cuenta de que el comandante Bovy les observaba.

—Pero sí ando derecho... — afirmó Paillard, mientras se sostenía a duras penas sobre sus pies.

Bovy le llamó al orden:

—¡Paillard!... Anda usted derecho.

—Sigue bien la línea — aconsejó Pedro.

—Pero si veo dos — se disculpó Paillard.

—Pon un pie delante del otro.

—¿Cuál? — preguntó Paillard, dando traspies a cada paso.

Bovy se acercó a él y le preguntó, fingiendo una dureza que estaba lejos de sentir, porque también él había sido joven y también se había encontrado en apuros semejantes.

—¿Está usted embriagado?

—No, mi comandante... Es el balancero — replicó Paillard, queriendo disculparse.

—¡Rompan filas! — ordenó Bovy.

Y luego llamó:

—¡Vilette!

Pedro se acercó a él, saludó militarmente y esperó órdenes.

—Vilette, Paillard va un poquitin a la vela... Intente acostarle en silencio, para que nadie se entere y no cunda el mal ejemplo.

Pedro cogió a Paillard por un brazo y le ayudó a marchar hacia el dormitorio.

Pivert le ayudó.

—Yo prepararé la hamaca y lo acostaremos en seguida.

—Le desnudaré y le daré un par de bofetadas bien dadas — aseguró Pedro, que estaba sumamente nervioso y excitado.

—Y te las devolverá. Todavía no conoces bien a Paillard. Es mejor que le desnudes sin decirle nada.

Trabajosamente consiguieron desnudarle. Estaba hecho un tronco. Había bebido tanto, que una cuba no hubiera podido contener todo el licor que había ingerido en aquella noche. Lo acostaron en la hamaca y Paillard roncaba aporatosamente.

—¡Cállate o te destornillo la cabeza! — le dijo Pedro, queriendo obligarle a callar.

Pero estaba tan embriagado que no hizo caso de nada, y cuando se vio solo en el dormitorio, cuando ya todo estaba en silencio, no tuvo mejor idea que hacer sonar la señal de incendio.

Toda la Escuela se puso en conmoción. Corrieron los cadetes a sus puestos. Hubo unos momentos de confusión y espanto, hasta que se dieron cuenta de que todo se debía a la embriaguez de Paillard, de aquel Paillard que era el punto negro del curso, de aquel Paillard que se hacía siempre acreedor a todos los castigos, a todas las reprimendas, y que siempre encontraba el medio de burlar la disciplina y de reírse del reglamento.

V

Cuando el comandante Bovy tuvo que dar cuenta de lo ocurrido a su jefe inmediato superior, el comandante Vilette, éste murmuró, apesadumbreado:

—¡Paillard, siempre Paillard!

—Sí, por desgracia es el que inventa todas las diabluras... Pero tiene muy buenas cualidades — replicó Bovy, que siempre había sentido una especial predilección por el muchacho.

—¡Oh, no, querido! No puede haber excusa para él. ¡Despertar a toda la Escuela a medianoche, es imperdonable! Por esta vez será intransigente. No puede consentir semejante acto de indisciplina. Tiene que haber orden y autoridad; sin una cosa ni otra, no es posible manejar a estos muchachos. No se progresa si no hay orden ni obediencia. Repito que será intransigente.

—Entonces... ¿Qué es lo que crees que debemos hacer? — preguntó Bovy tímidamente.

—Reunir el Consejo de Disciplina.

—Pero... ¿no te acuerdas de cuando éramos nosotros jóvenes? — inquirió Bovy—. ¿Has olvidado que sobre el

"Borda" tú y yo habíamos hecho lo mismo?

—¡Oh, entonces era toda muy distinto! — murmuró Vilette, no queriendo dejarse influir por su amigo.

—La única verdadera diferencia es que, ahora, la "Viuda" soy yo — suspiró éste con un dejo de nostalgia.

—Una "Viuda" de corazón excesivamente tierno — replicó Vilette, ya decidida a extremar su rigor, ante el tono en que habían sido pronunciadas las palabras de su segundo.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—Truc su expediente y lo estudiaré con detención.

—¿Cuándo resolverás?

—Esta misma noche. Vamos a comenzar en seguida.

Vilette esperó en su despacho y, mientras esperaba, marcó un número en el teléfono y habló a través del hilo con Magdalena:

—Perdóname, no podré ser puntual

—le dijo—. Tardaré todavía una hora. Tengo una conferencia... Te prometo acabar lo antes posible... Oye, no te olvides de cursar las invitaciones pa-

ra nuestra boda. Trabaja un poco y pon tú misma las direcciones...

Magdalena escuchaba sonriendo las excusas y los consejos, y se volvió súbitamente hacia su doncella, que entraba a anunciarle una visita.

—Bien, hágale pasar — le dijo, tapando con su mano la bocina del teléfono.

Y luego, hablando de nuevo a través del hilo, preguntó a Enrique:

—Pero vendrás luego, ¿verdad?

—Sí, sí, tan pronto como termine — contestó la voz de Vilette —. No creo que sea demasiado tarde. Se trata de resolver el caso de un alumno... Una cuestión de indisciplina... pero te ruego que no hablen a nadie de ello...

—¡Oh!... ¿A quién quieres que se lo diga? — replicó Magdalena, como si no hubiera que ver a nadie más que a él aquella noche.

Cuando dejó el teléfono, se encontró que frente a ella estaba Pedro.

—Señora... — murmuró el muchacho, saludándola con aquella cortés y amorosa corrección que adoptaba cuando se hallaba ante la mujer de sus sueños.

—¡Usted! — murmuró Magdalena.

—¿Qué viene a hacer aquí?

—Pero... ¿es que no me han anunciado? — preguntó Pedro, turbado por aquel extraño recibimiento.

—¡Ah, sí, es verdad!... Estaba distraída... Hablaba por teléfono y no me

di cuenta del nombre que me decían.

—Le pedí permiso para venir hoy — dijo Pedro, queriendo disculpar su presencia.

—Es verdad... Ahora recuerdo... viene usted a devolverme mi fotografía...

—No — contestó Pedro, con un aplomo del que no se hubiera creído nunca capaz.

—¿Cómo? Me prometió usted traerla. Por eso le consentí que viniera. De otro modo, no tiene usted pretexto alguno para venir a esta casa — dijo Magdalena con una extraña severidad. — Debe usted devolverme mi retrato.

—No lo tengo aquí.

—¿Entonces...?

—Y además, no quiero separarme de él — afirmó Pedro, sin dejarle terminar la frase.

Magdalena hizo un gesto de desagrado y se apartó unos pasos del muchacho, de aquel muchacho que era hijo de su prometido, al que tendría que hacer las veces de madre, de aquel muchacho que estaba ante ella temblando de amor, que despertaba en ella extrañas sensaciones que no quería confesarle a sí misma, de aquel muchacho al que tenía que tratar severamente, por ser quien era y al que ansiaba estrechar tiernamente en sus brazos, porque sentía por él una extraña ternura femenina.

—¡Oh, le ruego que no se enfade!
—suplicó Pedro, dolido de aquella actitud.

—Pues estoy enfadada... Usted me prometió traer la fotografía y no la trae. ¿Qué viene usted a hacer aquí?

—Vengo... Perdóneme... Usted no comprende... Era necesario que viniera, porque tenía necesidad de gritar...

Se interrumpió, como si tuviera miedo de seguir hablando.

—¿De gritar qué? — preguntó ella, mirando al muchacho y dejando escapar por sus ojos todos los múltiples y encontrados sentimientos de su alma de mujer.

—De gritar algo que... que ahora no me atrevo a decirle sino en voz muy baja, tan baja y tan tenue que únicamente su propio corazón pueda escuchar...

—...y que yo le ruego que no diga —murmuró ella, poniéndole una mano en los labios—. Es usted un niño, nada más que un niño, y merece, como los niños, un castigo... El domingo, pondrá usted la fotografía en un sobre cuidadosamente y me la mandará... ¿quiere?

—¿Podré traerla yo mismo? —inquirió él, con voz de niño y con mirada de hombre.

—Como usted quiera.

—Si vengo... ¿la verá a usted? —preguntó débilmente.

—No. Ya no estaré aquí. Se la en-

tregará usted a mi doncella. ¿Me lo promete?

—No —replicó Pedro con energía, decidido a no doblegar su voluntad, porque su amor, el amor loco que había estallado como furiosa tempestad en su corazón, le sostenía.

Magdalena se acercó a él, le miró con dulzura, le cogió una mano y le dijo en un tono casi maternal:

—Vamos, sea usted razonable, no sea niño... Usted merece que...

—...que no se me trate como a un obichillo —suplicó él—. No soy un niño; soy un hombre.

—¿Cuántos años tiene usted?

—¿Qué importan los años? Es lo que uno ha vivido lo que pesa en el corazón del hombre. Ya no soy joven, pues si tengo pocos años, he vivido mucho... Mi madre murió cuando yo contaba sólo ocho años. Mi padre, que es marino de guerra, estaba siempre lejos, en sus buques, que eran su mundo y su vida... He tenido que valerme por mí mismo y enfrentarme con la vida cuando los otros niños todavía sólo piensan en sus juegos. He pasado horas muy tristes y he vivido muy solo... y la vida me ha enseñado antes de tiempo...

—Pero ahora no está usted solo —comentó Magdalena, a quien las palabras del muchacho habían emocionado hondamente.

—No... ahora no — contestó Pe-

dro con una exclamación de triunfo—. Desde que la he conocido a usted, todo es agradable y bello para mí. Todo ha cambiado. La vida es bella, porque no vivo más que por usted y para usted y usted es la belleza suprema. Esto es lo que quería decirle gritando, gritando con un grito extraño que pudiera escucharse desde el otro confín del universo: ¡La quiero!... ¡La quiero!... ¡La quiero!...

Había tal vehemencia en sus palabras, tanto calor en su expresión, que Magdalena tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse y no dejarse arrastrar por la avalancha de aquella pasión juvenil que la arrollaba.

—Eso es lo que cree usted ahora— murmuró fingiendo una gran frialdad.

—Estoy seguro de ello y quisiera que usted no lo dudara... Quisiera que estuviera usted tan segura de mí sinceridad como lo estoy yo de la suya...

—¿Qué quiere usted decir?— preguntó Magdalena, confusa.

—Sí... La otra noche, sus miradas no mentaban.

—¿Mis miradas?

—Sí... ellas no han mentado... Usted no es coqueta, no es frívola, no es casquivana...

—¡Oh, calle, calle, por Dios!

Pedro, arrebatado por su pasión, dejándose llevar por su ímpetu juvenil, tomó las manos de Magdalena, las cubrió de besos, las estrechó contra su

corazón, mientras murmuraba, casi en un sollozo de amor y de angustia:

—Magdalena, dígame usted que me ama, dígamele usted, y seré el hombre más feliz de la tierra...

—¡Oh, deje en paz mis manos!...

—replicó Magdalena desasíendose de aquel lazo que la retenía—. Sóléguese... Siéntese a mi lado... Así... con calma... Le voy a hablar con gran franqueza, con el alma abierta de par en par: le encuentro a usted encantador, simpático, delicioso. Pedro, pero le ruego que me perdone si se la he dejado ver inconscientemente... Usted no tiene derecho a amarme... ni yo derecho a dejar que usted me ame.

—¿Cómo!... ¿Por qué dice usted esas palabras que parecen irrevocables? ¿Ama usted a otro hombre? ¡No importa!... Yo la arrancaré de sus brazos... Yo triunfaré de quien sea... Yo aplastaré al hombre que intente robármela...

—Usted no hará eso... si yo amo a ese hombre—replicó Magdalena con una gran serenidad—. Sobre todo, usted no hará eso cuando sepa que yo amo a ese hombre desde mucho tiempo antes de conocerle a usted...

—Si usted quisiera a alguien, no me hubiera dejado concebir esperanzas— murmuró Pedro mordiendo las palabras, sintiendo el áspid venenoso de los celos hincarse en su corazón y

destruirla con una tortura insufrible.

—¡Oh, mi joven amigo!... No quisiera causarle ninguna pena, porque yo siento una gran simpatía por usted... No quiero hacerle daño alguno...

—Y yo no quiero su piedad—afirmó Pedro irguiendo su cabeza con altivez dudosa.

—No es piedad lo que le ofrezco, en...

—Quiero saber quién es ese hombre—interrumpió Pedro con rabia mal contenida.

—Silencio...

—Quiero saberlo... Dígame su nombre, si es que en realidad existe.

—Silencio... —suplicó de nuevo Magdalena, que había creído escuchar pasos en el jardín y temía ver llegar de un momento a otro a Enrique Vilette.

—Dígame su nombre... se lo ruego...

—El mismo se lo dirá... Pero ahora váyase... No, por aquí no... por la puerta del jardín—rogó Magdalena, acompañándole presurosa, pues quería evitar la violencia de la escena que se hubiera desarrollado caso de encontrarse en aquel momento los dos hombres.

—La volveré a ver, ¿verdad? —preguntó Pedro antes de salir.

—No... Le prohíbo volver... No debemos vernos más...

—¡Magdalena!

—Váyase... se lo ruego... váyase...

Le empujó suavemente y cerró la puerta con llave.

Era tiempo, porque en aquel instante entraba Vilette sonriendo feliz.

—¡Magdalena... mi vida! —le dijo, besándola con ternura.

—Mira... he terminado casi... —replicó ella mostrando los sobres que tenía escritos sobre su pequeño escritorio.

—¡Magnífico!... "Señor y señores de Aigreville"—leyó Vilette, hojeando los sobres—. Pero me parece que estás un poco fatigada... ¿Te molesta que te haya interrumpido? —le preguntó al vislumbrar en sus ojos un aire de melancolía que interpretó como cansancio.

—¡Oh, no!

—Dime... ¿crees muy necesario invitar a los Aigreville?... Me gustaría más que todo quedara en la intimidad, que invitáramos únicamente a viejos amigos para nuestra comida de esposales.

—¡Nuestra comida de esposales! —suspiró Magdalena con un dejo de añoranza casi imperceptible.

—Es verdad... A partir de esta comida, seremos novios oficiales. Ya podremos amarnos abiertamente, sin necesidad de disimulos ni reservas.

—¿Y cuándo me presentarás solemnemente al almirante? —inquirió

Magdalena, tratando de distraerse de la idea que la atormentaba.

—El almirante te espera pasado mañana, a las seis. Ya le he anunciado tu visita.

—Me intimida un poco, ¿sabes?—
¿Cómo es?

—Es... un almirante — replicó Vilette distraído, mientras guardaba en su bolsillo algo que acababa de encontrar y le había llamado la atención, despertando en él sospechas que le hacían daño.

Fingió indiferencia, dominiéndose

con esa fuerza de voluntad que sólo la vida consigue dar a los hombres maduros; se acercó de nuevo al pequeño escritorio de Magdalena, revolvió los sobres y dijo, extrañado:

—¡Pero, cómo!... Si me has dicho que habías terminado tu tarea y ahora me doy cuenta de que apenas has comenzado... ¿Dónde está el resto de los sobres? ¿Qué has hecho esta noche?

Magdalena no contestó. Llevaba sobre su corazón una angustia infinita... No pudo mentir. Pero tampoco tuvo valor para confesar la verdad. Disimuló...

VI

La mañana siguiente, Enrique Vilette estaba en su despacho, para despachar los asuntos del día, cuando entró su segundo, el comandante Bovy.

—Buenos días, Vilette — le dijo con aquel tono amistoso con que siempre se trataban cuando estaban a solas, porque la amistad que les unía desde sus primeros años de escuela había formado en torno a ellos un lazo muy fuerte.

—Buenos días, Bovy, ¿hay alguna novedad? — preguntó Vilette, que tenía un aire fatigado y sobre todo una marca de honda preocupación en su frente.

—¿Has pasado la noche en la Escuela? — preguntó Bovy, mirándole fijamente, pues le extrañaba aquella preocupación, que no acertaba a explicarse.

—Sí.

—¿Hum!... Bien, los alumnos están preparados.

—¿Preparados? — preguntó Vilette, como si viniera de otro mundo.

—Pues, claro. ¿Has olvidado que

hoy es viernes y que hay revista de policía?

—¿Revista de policía? — preguntó Vilette, acariciando en su bolsillo el pequeño objeto que había encontrado en casa de Magdalena y que era lo que en realidad le tenía preocupado—. ¿Es curioso! — murmuró, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

Bovy, que no estaba en el secreto de lo acaecido, le miró extrañado y repitió:

—¿Curioso?

—Sí... la casualidad hace las cosas de un modo raro.

—Amigo mío, no es la casualidad, sino el reglamento; todos los viernes hay revista de policía y no sé por qué te extraña tanto.

—Naturalmente, es cierto...

—Bien... ¿Paso yo la revista? — preguntó Bovy pensando que su amigo estaba aquella mañana enajenado por algún pensamiento que le distraía de sus obligaciones cotidianas.

—Sí... Luego ven a darme cuenta de las anomalías que hayas observado.

—A tus órdenes, comandante.

Bovy salió, dió las órdenes oportunas, se alinearon los cadetes en formación y comenzó la revista por parte del comandante segundo.

Fue examinando detenidamente uno a uno a cada alumno y se chocó decididamente con Paillard, con aquel Paillard que era siempre quien tenía que darle más que hacer.

—No tiene usted el escudo en la gorra — le dijo con tono severo—. ¿Dónde lo ha dejado?

Paillard, que nunca perdía la serenidad, contestó, encogiéndose un poco de hombros, como si fuera aquella la primera noticia que tenía de la falta del escudo en su gorra:

—Mi comandante, si el escudo no está en su sitio, me sorprendería que alguien supiera dónde está.

—Paillard, lo lamento mucho, pero el comandante Vilette tendrá que tomar una enérgica decisión con respecto a usted. Su indisciplina se ya intolerable.

Luego dió orden de que se rompieran filas y se alejó, mientras iba diciéndose para su colete, buscando siempre excusas para aquel Paillard en el que reconocía muy buenas cualidades y que siempre había sido su alumno predilecto:

“Aunque, a decir verdad, un escudo más o menos...”

Paillard se había quedado con la gorra en la mano, descomentado, con-

fuso, temiendo que aquella broma le costara cara, y sus amigos le rodearon para recriminarle su conducta:

—¡Mira que venir a la revista sin escudo! — exclamó Pedro severamente. —Estás loco...

—¿Pero es que podía saber yo que ese tonto, al pasar revista, me iba a desacreditar de ese modo?

Daba vueltas entre tanto a su gorra entre sus manos nerviosas. Saint-Yveline le dijo:

—Estáte quieto, que si rompes la gorra, el castigo será peor todavía...

—Es que estoy nervioso... ¡Mira que tengo mala suerte!... ¡Ocurrieme esto a mí! — murmuró Paillard, cada vez más excitado.

Pedro le cogió la gorra para evitar que la rompiera y exclamó, poniéndose pálido:

—¿Pero si es la mía!

—¿La tuya?... ¡Ah!... Pero, ¿de veras es la tuya? ¡Ah, sí, es verdad! — exclamó Paillard.

Y echó a correr como un loco, alejándose precipitadamente de sus compañeros, antes de que llovieran sobre él preguntas que no quería contestar.

Pedro murmuró, viéndole alejarse:

—¡Pobre amigo mío!

Mientras Saint-Yveline, que no podía conseguir el alcance del sacrificio hecho por Paillard en favor de un compañero, murmuraba:

—¿Dónde va ahora ese loco?

Entre tanto, Bovy había puesto en conocimiento del comandante Vilette lo ocurrido. Al pasar la revista, había visto a Paillard con la gorra sin el estado.

—Hay que escarmentar de una vez para siempre a ese diablo de Paillard. De broma en broma llegará a faltas graves, y esto es lo que hay que evitar a toda costa.

—Evidentemente... su comportamiento es malo... —confesó Bovy, haciendo un esfuerzo para no encontrar una excusa para su favorito.

—Es malo su comportamiento y su trabajo... y su espíritu también—afirmó Vilette—. He llegado a convencerme de que ese chico no tiene vocación de oficial. Su sitio no está aquí. Es fastidioso para él y peligroso para los demás. El mal ejemplo cunde mejor que el bueno, y nos estropearía a toda la Escuela.

—Siempre lo he defendido... pero ante los hechos que le acusan, casi me inclino a callar... Sin embargo, debo decir en su favor que es franco, casi demasiado franco y que tiene todas las cualidades de un hombre hábil, y es un gran deportista—dijo Bovy, a quien se le hacía difícil acusar abiertamente a Paillard.

—Estamos aquí para formar marineros y no deportistas... Está decidido: Paillard pasará por el Consejo de Disciplina.

Bovy tuvo que plegarse a la voluntad del comandante Vilette y se celebró el consejo después de haber sido estudiado detenidamente el expediente personal de Paillard. En cada momento y cada acusación, encontró Bovy una excusa para el alumno. Y mientras Vilette había resaltar sus faltas, Bovy quitaba importancia a las mismas. Aquello fué lo suficiente para que el resultado del consejo no tuviera la gravedad que era de esperar, dado el rigor del reglamento a que la Escuela Naval debía atenerse.

Bovy fué a avisar a Paillard, cuando el consejo hubo terminado.

—Paillard — le dijo—, el comandante Vilette le espera en su despacho.

—¡Dios me asista! — exclamó Paillard, alzando los ojos al cielo para implorar su clemencia.

Y con paso firme, hecha en su ánimo la resolución de la actitud que debía tomar, fué al despacho del comandante y llamó a la puerta.

—Adelante—dijo Vilette.

—¿Me ha mandado llamar, mi comandante? — preguntó Paillard, condrándose ante Vilette.

—Sí; tengo que decirle algunas palabras y le ruego les preste la mayor atención. Ha faltado muy poco, Paillard, para que el Consejo de Disciplina adoptase contra usted medidas muy

enérgicas. Por mi parte, hubiera propuesto su expulsión de la Escuela. Pero no entra en mi carácter el mezclar el servicio con las cosas de la vida privada... aunque ellas pudieran afectarme directamente... Esta es la razón que le ha salvado a usted... Solamente le hemos juzgado por haber despertado a toda la Escuela a medianoche dando la señal de alarma de fuego... y por este motivo será usted arrestado durante un mes... Eso es cuanto quería decirle.

—Gracias, mi comandante — replicó Paillard, saludando militarmente y tratando de descubrir en los ojos de Vilette el sentido de las palabras que había pronunciado.

Vilette guardó unos momentos de silencio, metió la mano en su bolsillo, sacó el pequeño objeto hallado en casa de Magdalena y que era el escudo de la gorra de marino, y se lo entregó diciéndole:

—Esté usted satisfecho... y tome esta, que le pertenece.

Paillard se puso intensamente pálido.

—¿Dónde lo ha encontrado usted, dónde?—preguntó con ansia.

—Es el mismo lugar en que lo ha perdido usted—contestó Vilette muy serio—. Ahora váyase.

Paillard salió del despacho llevándose el escudo y pensando en lo que el comandante había querido revelarle...

VII

El comandante Vilette había decidido dar comienzo a las vuelos nocturnos. Era preciso que los alumnos se acostumbraran a ellos, puesto que los exámenes de final de curso se averíanaban y únicamente con el perfecto dominio del aire lograrían los cadetes pasar aquellos exámenes y salir, convertidos en oficiales provechosos, a las prácticas marinas que habían de llevarles a recorrer las grandes océanos.

—El comandante ha mandado llamar a todo el claustro de profesores y a todo el Estado Mayor para darles cuenta de la decisión que ha tomado. ¿Están todos reunidos? — preguntó el comandante Bovy que era quien transmitía directamente las órdenes emanadas de Vilette.

—Todos reunidos y dispuestos a escucharle.

—Señores—dijo Vilette—, he decidido que el primer vuelo nocturno tenga lugar esta noche, y para ello he designado al alférez Alix como observador, y como piloto al alférez Vilette.

—Lo siento por Paillard — comen-

tó Bovy—. Contaba con ese puesto desde hacía mucho tiempo.

—Paillard está arrestado y no puede levantar su arresto. Peor para él. El despegue del avión será a las veintidós horas. Le ruego, comandante, que tome las disposiciones necesarias para estar en la base aérea a las 21.30 con los oficiales interesados.

—A sus órdenes, mi comandante — contestó Bovy, saludando.

Aquel día, el comandante Vilette lo había destinado para ir a comer con su hijo a un restaurante de la ciudad, como le prometiera el día en que había llegado a la Escuela a tomar posesión de su mandato.

Cuando Magdalena llamó por teléfono a Enrique Vilette, el asistente que se puso al teléfono le contestó:

—Señora, el comandante ha dejado dicho que hoy estaría retenido por un trabajo urgente... No, señora... Hoy ha ido a comer al restaurante con el alférez Vilette.

Magdalena colgó el teléfono desilusionada. Tenía necesidad de ver a Enrique, porque a su lado se sentía más

fuerte y más amparada que cuando la rodeaba la soledad.

Pero Enrique Vilete estaba en aquellos momentos sentado a la mesa de un restaurante, frente a su hijo Pedro y, mientras saboreaban como dos buenos *gourmets* los platos escogidos que les habían servido, el comandante preguntaba a su hijo:

—¿Qué tal, Pedro? ¿Va bien el trabajo?

—Sí, papá, muy bien—contestó el muchacho, que parecía alejado, ausente, como si una idea fija le tuviera colmando el pensamiento.

—¿Estás preocupado por los exámenes?

—No, papá; yo creo que todo marchará bien.

—Entonces... ¿a qué ese aire triste, inquieto, preocupado? ¿Es el corazón el que no marcha bien? —inquirió el padre, que le había llevado allí para examinar aquel corazón de niño que se había transformado en hombre sin darse cuenta él mismo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Estás enamorado? —preguntó el padre a quemarropa, mirando fijamente a Pedro, para descubrir mejor la verdad.

Pedro no contestó. Su padre siguió diciendo, ya en tono afirmativo:

—Estás enamorado. Esto es la vida. Incluso veo en tus ojos una gran pena.

—¿Yo?... —murmuró Pedro, bajando los párpados y queriendo sustraerse a las miradas de su padre.

—Sí, no lo niegues... Y el que padece una honda aflicción no debe sustraerse. Ello demuestra que eres capaz de amar. Y el amor es el sentimiento más bello que hay en la vida.

—Quizá... Pero el amor puede hacer mucho daño—dijo el muchacho, al sentir que su padre había puesto el dedo en la herida.

—Puede hacer mucho daño, hijo mío, es verdad... pero puede dar horas muy gloriosas... Y aun las horas de dolor que el amor da tienen su belleza... Lo sé; pasarás horas muy atormentadas en la vida, es natural; pero estas horas son su única riqueza. Sólo el dolor nos hace sentir intensamente. Si en amor todo fuera alegrías, no podríamos afirmar que conocemos el verdadero amor. Voy a decirte una cosa que acaso ahora no logres comprender, pero que la vida te demostrará que es una gran verdad: hay algo más triste, infinitamente mucho más triste que perder un ser querido: es no tener, por lo menos, el recuerdo de un gran amor. ¿No me crees?

—Te escucho—contestó Pedro, a quien las palabras de su padre se le clavaban en el alma.

—Sí, no hay tristezas comparable al desconocimiento absoluto del amor... Claro que una gran pasión se paga con

la angustia. Se sufre incluso cuando uno se sabe amado, se sufre, porque el amor es sufrimiento. Es absurdo, lo sé, pero es que la felicidad, la felicidad completa y absoluta, se va muy pronto... antes de que uno se dé cuenta de que ama, muchas veces... y es que hasta la más pequeña señal, la huella del paso de otro, para que todo se haga sospechoso, para que todo aparezca falso...

—Pero eso acaso sea imaginar una cosa sin razón...—murmuró Pedro, sin atreverse a mirar a los ojos de su padre.

—Pedro, hijo mío, yo no imagino nada... pero sufro, sufro porque no imagino, sino porque tengo la certeza de que hay otro hombre en la vida de la mujer a quien amo—y tengo la prueba evidente de que ese hombre y yo... llevamos el mismo uniforme...

Pedro se quedó pálido como un muerto, como si toda la sangre hubiera afluido a su corazón y éste, incapaz de contener aquella angustia, se hubiera paralizado.

Villette se dio cuenta de la angustia del muchacho y le dijo, en un tono dulcemente paternal:

—Perdóname... No tenía intención de hacerte confidencias... pero todo esto ha llegado por culpa tuya.

—¿Por mi culpa? — preguntó Pe-

dro alzando los ojos hasta los de su padre.

—Sí... Fuiste tú quien la noche del baile me presentó a la señora Level...

—¿La señora Level? — preguntó Pedro recordando a Magdalena.

—Sí. Para tu tranquilidad, te diré que yo la conocía desde hace mucho tiempo...

—¡Ah!... ¿La conocías ya?

—Sí... Es de ella de quien te he hablado cuando te dije que quería casarme de nuevo.

—¿De ella? — inquirió Pedro casi sin voz, como si el mundo le hubiera aniquilado desplomándose sobre él y no le dejara fuerza más que para un hilillo de aliento, el suficiente para hacerle sentir todos los dolores y todas las angustias del mundo acumuladas sobre su corazón.

El comandante Villette llamó al camarero, que se retruñaba:

—Camarero, ¿y ese café, que no viene?

Pedro se había levantado.

—¿No vas a tomar café? — le preguntó su padre.

—No... no puedo... no tengo tiempo... discúlpame — murmuró Pedro, que no sabía cómo huir lejos, muy lejos, donde no pudiera respirar el mismo aire que respiraba su padre después de la confesión que acababa de hacerle.

—Es verdad. Esta noche es tu primer vuelo nocturno. Te he designado a ti porque sé que es difícil y porque sé que tú te desenvolverás bien en él... Quiero estar orgulloso de ti.

—Buenas noches — murmuró Pedro alejándose.

—Buenas noches, hijo mío — le respondió Vilette, viéndole alejarse con un suspiro de alivio.

VIII

En el aeródromo todo estaba preparado. La noche era oscura y sombría. El tiempo no parecía favorable a aquel primer vuelo nocturno, en el que los alumnos habían de poner a prueba su pericia y sus nervios.

—Se diría que va a haber tormenta—decía Saint-Yveline que ocupaba su puesto de guardia.

Allí, que se paseaba excitado, con esa nerviosidad que precede siempre a los grandes acontecimientos de la vida, le miró y se encogió de hombros, como si no le importara el tiempo.

—Me extraña que Vilette se retrase tanto—dijo, al cabo de un rato de espera, después de consultar su reloj.

—Siempre es puntual... Pero, mira, allí viene—dijo Saint-Yveline mostrando a una sombra que avanzaba hacia ellos.

No era Pedro, sino Paillard.

—¡Tó! — exclamaron a un tiempo los dos cadetes—. ¿Pero no estabas arrestado?

—Sí, estoy arrestado y he venido únicamente a arreglar un asunto con ese individuo — replicó Paillard, dirigiéndose a Pedro, que llegaba en aquel momento.

—También yo quiero hablar contigo, Paillard.

—Escucha, soy yo quien te quiere hablar.

—Déjame decirte antes que...

—Lo que tengo que decirte yo es más importante. Es una cosa muy seria.

—Yo tengo que decírtelo esta misma noche—afirmó Pedro, queriendo ser él el primero en hablar.

—También lo que tengo que decirte yo ha de ser esta misma noche,

ahora mismo, en este mismo instante—
aseguró Paillard.

—Haz el favor de escucharme... —
rogó Pedro.

—¡Ah, me estás fastidiando ya, di-
ablo! ¡Deja que te hable yo!

—¡Callate, o te rompo los dientes!
—chilló Pedro, agudizando la discusión
que se había iniciado entre ambos.

—Y yo te romperé los tuyos, pero
seguiré chillando más fuerte. Seré yo
el primero que hable.

—Buena, sea. ¿Qué tienes que de-
cirme? ¿En serio que tienes que ha-
blarme?

—Sí... Quiero pedirte un favor.

—¿Qué es?

—Un favor que nadie más que tú
puede hacerme... — murmuró Paillard
poniéndose de veras serio, como si se
tratara para él de un asunto de vida
o muerte.

—Di ya de una vez lo que sea—
Vamos, desembucha — urgió Pedro,
viendo que Paillard se detenía.

—Escucha, Pedro... déjame tomar
tu plaza en el avión...

—¡No! — exclamó Pedro, extrañado
de aquella petición.

—Sí, te lo ruego... Déjame pilotar
el avión esta noche...

—Es extraño — murmuró Pedro cu-
mo hablando consigo mismo—. Era es-
to, precisamente, lo que yo quería pe-
dirte a ti.

—¿De veras? — preguntó Paillard,
desbordante de alegría.

—De veras — afirmó su amigo.

—Entonces voy yo... ¡Estupendo!...
¡Nadie se enterará!...

—Sobre todo, que nadie se entere...
Toma, ponte las gafas, encasquétate el
gorro... Que no te descubran... Serán
un mal negocio para ti... y para mí
peor todavía.

Paillard se colocó las gafas, se cu-
brió con el gorro, se subió el cuello.
Nadie hubiera podido reconocerle. Un
aviador con su atuendo, es irreconoci-
ble.

—¡Preocúpate! — dijo Paillard sus-
trayéndose ante Pedro—. Creo que ni tú
mismo puedes saber si yo soy yo o soy
tu persona, ¿verdad?

—Paillard, eres para mí más que
un hermano. Gracias...

Pedro salió, agazapándose en la
sombra, del campo, mientras Paillard
se presentaba a sus superiores y toma-
ba en el avión la plaza que debía ha-
ber ocupado Pedro Vilette.

Bovy dió la orden de despogue así
que todo estuvo preparado, y el avión
se remontó en el aire, perdiéndose en
la téntrica oscuridad de la noche. El
vuelo nocturno amenazaba ser difícil,
pero los dos jóvenes aviadores que iban
dentro del aparato tenían ánimo hos-
tante para arrostrar todas las dificul-
dades.

Pedro, enloquecido por lo que su padre le dijera durante la comida, con todo el dolor de los celos desgarrándole el pecho, corrió a casa de Magdalena. Era ésta la razón por la que había rogado a Paillard que ocupara su puesto. Para mitigar aquella angustia que le devoraba el alma, era por lo que había desentendido del deber. Para saciar su ansia de informarse, hacía traición a su carrera y exponía su amigo a los peligros de un vuelo difícil y a la catástrofe de un castigo severo si llegaba a descubrirse la usurpación, el engaño, la felonía.

—¡Magdalena! — exclamó Pedro, entrando sin previo aviso en el salón de la señora Level.

—¡Pedro!... Le había mandado a usted que no volviera aquí con ningún pretexto — replicó ella, severamente, dolida de la falta de obediencia de aquel muchacho que la turbaba y la enloquecía.

—Cuando sepa usted la razón que aquí me trae, estoy seguro de que me perdonará.

—No; sea la razón que sea, no puedo perdonarla.

—Estoy seguro de que me perdonará... Hoy he comido con mi padre... y me lo ha explicado todo — murmuró Pedro con un honda amargura en la voz, que parecía iba a quebrarse en un sollozo.

—Así, ya sabe usted por qué no

quise ser yo quien diese el nombre del hombre a quien amo... — replicó Magdalena. Y, tras un breve silencio, preguntó—: ¿Sabe él que ha venido usted a verme?

—No.

—Desde que vino usted, me evita, huye de mí, no se atreve a cruzar con las mías sus miradas...

—¡Oh, cómo me detestará cuando sepa que he vuelto! — exclamó Pedro, lamentando infligir a su padre aquel dolor, pero creyéndose con derecho a hacerlo.

Magdalena se impuso a la situación.

—No lo sabrá jamás—afirmó con energía.

—Lo sabrá, porque será yo mismo quien se la diga.

—Usted no dirá nada. No querrá darle esa pena tan grande. ¿Para qué confesarle una cosa que no ha existido? — preguntó Magdalena, queriendo quitar importancia a aquello que para Pedro era algo trascendental y definitivo.

—Una cosa que jamás ha existido con mayor fuerza—corrigió Pedro, llevándose la mano al corazón, porque le parecía que iba a saltar hecho pedazos.

—Magdalena, le hablo como un hombre. Lo amo con toda la fuerza de mi alma; creí que usted también me correspondía.

—Ahora comprendo que hice mal

en mostrarme demasiado afable con usted.

—¡Ah, no, Magdalena, no era únicamente afabilidad lo que usted me ha mostrado... era algo más, algo más íntimo, más hondo, algo que tenía sus raíces en el corazón!

—No diga usted niñerías... y piense en su padre.

—Aunque piense en mi padre, no dejaré de amarla a usted con toda mi alma.

—¡Calle, por favor, calle!... ¡Tiene usted que olvidarme... ese amor es imposible!

—Ahora es ya demasiado tarde... La amo... No puedo dejar de amarla porque usted me lo ordene... La otra noche, cuando me rechazó usted tan violentamente, era ya demasiado tarde... porque la amaba ya con todas mis potencias y sentidos.

—¡Pedro! —suplicó Magdalena, dolida de ser la causa de la desesperación del muchacho y del dolor del comandante Vilette.

—Todas mis esperanzas están puestas en usted, Magdalena.

—Se engaña usted a sí mismo... Nunca le he dado ninguna esperanza, y si lo hice alguna vez, fué inconscientemente.

—Dice usted eso solamente por respeto a mi padre.

—Por respeto, no; lo digo porque

se trata de su felicidad... y esa felicidad no quiero romperla yo.

—Hemos despertado ya la sospecha en su espíritu... y creo que no podemos hacerle más daño del que ya le hemos hecho.

—Pero podemos evitar que sepa que es usted, su propio hijo, quien trata de usurparle lo que él ama.

—Demasiado tarde, Magdalena, demasiado tarde.

—¡Pero esto es espantoso! —exclamó ella, anonadada por aquella escena que no podía evitar.

—Espantoso, Magdalena, es lo que yo he hecho esta noche... por venir a verla.

—Pero... ¿qué ha hecho usted?

—He desertado... he abandonado mi puesto en el avión... En este momento, es uno de mis compañeros el que pilota el avión que yo debía pilotar en este primer vuelo nocturno.

—¡Oh, qué locura!... ¡Que imperdonable locura!

—No, Magdalena, no estoy loco —dijo Pedro con vehemencia, dejándose arrastrar por sus desencadenados sentimientos—. He desertado para venir a suplicarle que se venga conmigo... que hayamos de aquí, juntos los dos... Yo no puedo seguir viviendo así... No puedo vivir sin usted... La quiero locamente, desesperadamente, Magdalena... Estoy dispuesto a abandonar la Escuela, dejar a Francia, huir de todo...

con tal de tenerla conmigo para siempre...

Sonó el timbre del teléfono en aquel momento y Magdalena se apoderó del auricular.

—Le ruego silencio... Debe ser él, que me llama... Me ha prometido venir esta noche y debe anunciarme que ahora viene—dijo.

Efectivamente, era el comandante el que llamaba.

—¿Magdalena? — Inquirió la voz de Vilette desde el otro lado del hilo.

—Sí... ¡Ah, eres tú! ¡Al fin! — murmuró Magdalena con la voz empañada por la emoción.

—¿Qué tienes... te molesto?—preguntó Vilette, notando, a distancia, algo anormal.

—¡Oh, no, no, en modo alguno!—afirmó Magdalena, pero en su voz había algo que sonaba falso.

—¿Estás sola?... ¿Por qué no me contestas?

—Claro... estoy sola... naturalmente...—balbuceó Magdalena.

Pero Vilette sintió la presencia de alguien, tuvo el presentimiento de que ella le mentía, y algo muy doloroso se le rompió en el corazón.

—Te he llamado—dijo en tono muy sereno— para decirte que no podré ir a verte esta noche... Estoy retenido en la Escuela.

—¿Algún asunto relacionado con el servicio? — Inquirió Magdalena.

—Llámaslo como quieras. Buenas noches—contestó Vilette, solgando el auricular.

Magdalena se dejó caer en un sillón y rompió en sollozos desolados, inconsolables.

—¡Magdalena... Magdalena! — le suplicó Pedro cayendo a sus pies y besando sus manos.

* * *

El comandante Vilette no podía dejar la Escuela porque se había recibido un mensaje del avión concebido en estos términos:

Niebla. Perdidos de vista los luceros. Vamos hacia el Este.

Vilette se había quedado reconcentrado al leer el mensaje y había dicho a su segundo:

—No es una demanda de socorro, pero es más prudente estar a la escucha y el "Pretelle" dispuesto para la primera señal.

Bevy fué a cumplir el encargo.

* * *

Los jóvenes aviadores se encontraban, realmente, en situación muy difícil. La niebla les había despiñado por completo y el aire les llevaba a su merced, como si fueran un juguete, forzando al avión a hacer giros y piruetas peligrosísimas.

—¿Qué pasa?... ¿Qué sucede? — preguntó Alix desde su puesto de observación.

—Nada, no te preocupes —replicó Paillard con calma perfecta—. Es el motor que ronca un poco... la válvula que no funciona bien... ¡Ah, diablo! —exclamó de pronto, ante un nuevo embate del viento—. Ahora sí que creo que pronto veremos los peces del mar.

Por radio lanzaron un nuevo mensaje pidiendo socorro. Estaban perdidos. El avión no obedecía al mando y pronto se precipitaron contra las olas.

...

—Un radio urgente... Píden socorro—dijo Bovy, llegando hasta el comandante Vilette.

—Dé orden inmediata al "Pretelle" para que se haga a la vela. No podemos dejar abandonados a esos dos muchachos.

—Hablaré por teléfono con Marec —replicó Bovy.

Así lo hizo:

—Marec... de orden del comandante... haga la señal de salir del puerto... Tome vela sobre 900 metros.

Vilette se paseaba nerviosamente.

—Dos alumnos están en peligro de muerte—murmuró—. Hemos de intentar lo imposible por salvarlos.

—Tendríamos que conocer la posi-

ción exacta en que se encuentran... y no nos la han dado.

—Otro avión podría...

—Vilette, hay un avión en peligro, y tú no puedes dar orden de que, en esas condiciones atmosféricas, salga otro avión...

—Mi deber es hacer cuanto pueda por salvarlos — afirmó Vilette frunciendo el ceño.

—Tu deber de comandante... ¿o tu deber de padre? — preguntó Bovy mirando compasivo a su amigo.

—Mi deber, simplemente — afirmó Vilette.

...

El avión luchaba desesperadamente. Alix tenía el terror pintado en su rostro, mientras Paillard hacía alarde de una inalterable serenidad.

—Iremos a pique — murmuraba el primero, casi sin voz.

—No pierdas las esperanzas. No todo está perdido.

—Tengo miedo... tengo miedo...

La niebla lo cubría todo y los mandos no obedecían. Estaban irremisiblemente perdidos, pero Paillard conservaba su ánimo y se lo infundía al desdichado Alix, que sentía cómo el terror le oprimía la garganta.

...

El "Pretelle" se aprestaba a salir de la rada para ir en busca de los aviadores. Su sirena resonó lúgubremente en todos los ámbitos de la ciudad.

Pedro la escuchó con sobresalto desde casa de Magdalena.

—Es el "Pretelle" que da la señal de alarma... Espero que no le haya pasado nada malo a Paillard... —murmuró, quedándose suspendido—. Adiós, Magdalena, voy en mi ayuda... Acaso esto haga que se me perdone.

Sabía rápidamente y, envuelto en las sombras de la noche, corrió desaladamente para hacer lo que fuera preciso realizar.

El comandante Vilette también quería hacer algo por sus discípulos. Estaba decidido a prestarles toda su ayuda. Era su deber de comandante y su deber de padre.

—Iré yo mismo en busca de mis muchachos — dijo, decidido a arrastrarlo todo.

—¿Cómo?... — preguntó Bovy, emocionado.

—Sí, saldré solo. Soy el piloto más viejo de la Escuela y he conocido otras tormentas... No me arredra el tiempo... Pienso en mi hijo, es verdad, pero pienso también en su compañero. Soy yo quien ha de responder de ellos.

—Pero... — murmuró Bovy, queriendo oponerse.

—Si mañana no estoy presente pa-

ra el parte — dijo Vilette con severidad, —lo harás tú en mi lugar.

Bovy bajó la cabeza profundamente emocionado. Vilette, sin pensar más que dos de sus discípulos estaban en peligro, salió él solo en busca del aparato perdido.

...

Alix y Paillard estaban agotados ya por la lucha contra los elementos, particularmente el primero, a quien el pájaro acrecentaba todavía más el peligro.

—Voy a lanzar un cohete — dijo Paillard, que no perdía la serenidad—. Puede que nos vean.

—Tengo miedo... — murmuraba Alix, como si aquella fuera la única frase que pudiera pronunciar.

—Toma, ponte el cinturón salvavidas y no tengas miedo.

—¿Por qué me das el tuyo? — inquirió Alix.

—Porque no lo necesito — replicó Paillard con naturalidad, mientras lanzaba el cohete.

...

Aquel cohete había de caer precisamente sobre el comandante Vilette y herirlo en la más sensitiva de su aert: en la vista.

Pero Vilette había tenido tiempo de ver y no tardó en regresar a la Escuela.

—¡Comandante... Comandante! — gritó Saint-Yveline al verle vacilar y caer al suelo.

—No es nada, amigo mío... Ha pasado muy cerca el cohete... ha explotado... pero yo he logrado encontrar a mis muchachos... No es nada.

—De prisa... una camilla... de prisa... El comandante está herido... Avísen al segundo — ordenaba Saint-Yveline.

Bovy llegó con la ambulancia, saludó a su viejo amigo, le ayudó a colocarlo en la camilla y el comandante Vilette, sonriendo en medio de su sufrimiento, sólo acertaba a decir:

—Los he encontrado... los he encontrado...

Le trasladaron al hospital y le hicieron una cura de urgencia. Bovy no le abandonaba, y Vilette, cuando pudo recobrar el sentido después de la primera dolorosa cura, preguntó a su gran amigo:

—Dime, Bovy... ¿ha recibido el "Pretelle" mi mensaje?

—Sí, sí, y ha avisado que iba hacia el lugar por ti señalado.

—¿Crees que llegará a tiempo?

—Claro, seguro. Puesto que gracias a ti se conoce la posición exacta del avión. Lo sabremos dentro de un instante.

Vilette se revolvía en la cama. Te-

nía la cabeza completamente vendada y los ojos también.

—Bovy... abre la ventana... Me ahogo—imploró.

Entró en aquel momento un cadete con un mensaje. Bovy lo abrió nerviosamente. Era del "Pretelle", que daba noticias exactas.

—¿Que dice?... ¿Los han encontrado? — preguntó Vilette, que hubiera querido arrancar aquel papel de manos de su amigo y leerlo él mismo—. ¡Oh, dime lo que dice!

—El "Pretelle" los ha encontrado — contestó Bovy.

—¿Y los ha salvado a los dos?

—Hasta ahora han recogido al observador.

—¿Y el piloto? — preguntó Vilette con inquietud.

—Ha desaparecido — confirmó Bovy.

—¡Ah, mi pequeño Pedro! — sollozó Vilette, llorando a su hijo.

Pero, poco tiempo después, llegaron nuevas noticias al hospital. La radio había traído nuevos detalles, y el radiotelegrafista entregó a Bovy el mensaje, que éste leyó con detenimiento.

Luego se acercó al herido y le dijo, tomando una de sus manos:

—Vilette, tu hijo no ha muerto.

—¿Lo han encontrado?

—Pedro no estaba en el avión...

El mensaje que se acababa de recibir lo dice concretamente.

—¿Que mi hijo no estaba en el avión?... ¡Pero si yo había dado orden!...

—Se ha hecho reemplazar por... —murmuró Bovy con tristeza.

—¿Por Paillard? — preguntó Vilette, adivinando.

—Sí... por Paillard, por ese desgraciado muchacho que nunca ha tenido suerte por ese muchacho que siempre estaba a punto de sacrificarse por los otros...

—¿Qué es lo que insistías?... ¿Que Pedro ha tenido miedo? — inquirió Vilette.

—No... Yo no sé lo que ha pasado... Sólo dedicado a Paillard, al que siempre se le ha jugado con dureza. No tienes que ver más que esa historia del escudo — murmuró Bovy, que desahogaba ahora todo lo que tenía almacenado en su alma.

—¿A qué historia te refieres?

—¿La has olvidado?... Se le ha condenado a un mes de arresto por un escudo que, en realidad, había caído de la gorra de otro...

—¿De quién? — preguntó Vilette con inquietud, acordándose del escudo que encontrara en casa de Magdalena y que había despertado en él un mundo de sospechas y de dolores.

—De tu hijo — afirmó Bovy, sin sospechar el terrible daño que causaban sus palabras—. Pero te estov caminando — añadió al ver la palidez mor-

tal que cubría el rostro del enfermo—. Voy a escuchar la radio por si da nuevas noticias.

—En cuanto regrese el "Pretello", que venga Marec a darme directamente el parte.

—Pero si no puedes más, Vilette — murmuró Bovy, queriendo evitar a su amigo nuevas emociones.

—¿Es una orden!

El parte de Marec trajo nuevas luces al suceso. Sin la señal del comandante Vilette no hubieran podido hallar la posición del avión, pero sin la milagrosa ayuda de Pedro Vilette no hubieran podido salvar a Alix a quien encontraron totalmente extenuado sobre el avión.

"Gracias al valor, al arrojo, a la abnegación del alférez Vilette se ha podido salvar al observador — decía Marec—. Y cuando se ha tratado de lanzarse al agua para buscar el cuerpo de Paillard, ha sido el alférez Vilette quien se ha ofrecido para ello. Ha luchado hasta agotar sus esfuerzos... y si no ha traído éxito no es por culpa suya."

Cuando Marec hubo leído el parte, Vilette dió orden a Bovy de que le trajera a Pedro.

—¿Por qué has desertado? — preguntóle, cuando lo tuvo frente a él—. Admite que no ha sido por cobardía, puesto que tu conducta ha sido la de un valiente; pero has debido de tener

una razón poderosa para cometer la felonía de la desertión... Entre la salida del avión y la del "Pretelle", ¿qué es lo que has hecho? — inquirió.

—En cuanto he oído la llamada del "Pretelle" he tomado en él mi puesto — contestó Pedro evasivamente.

—Tu puesto estaba en el avión y no sobre el "Pretelle". Has llegado al "Pretelle" en el último momento, cuando ya estaba a punto de zarpar. ¿Qué has hecho hasta entonces? ¿Ignoras que

habrá una severa investigación sobre el accidente de esta noche?... Uno de tus compañeros ha muerto... precisamente, el que te reemplazaba a ti... se investigará quiénes son los responsables... Se formará tribunal... y no podrás seguir encerrado en ese extraño mutismo. Vamos, hijo mío... ¿no tienes nada que decirme, nada que confesarme? — rogó Vilette, con voz emocionada.

—No, mi comandante — contestó Pedro, que no había despegado los labios.

IX

Se formó el tribunal y Pedro compareció ante él. Pero ni las preguntas del Almirante, ni las ruegas de Bovy, ni las órdenes de su padre, lograron arrancar aquel secreto que tan avaramente guardaba.

Fue en vano cuanto se hizo por conocer lo que había en el fondo. Pedro se negaba a responder y su padre no logró descubrir aquella verdad que perseguía y que, sin conocerla a ciencia cierta, sospechaba era muy grave.

Pero se produjeron acontecimientos. Paillard había sido hallado. Estaba sin fuerzas, herido, aniquilado por tantas y tantas horas de lucha con los elementos, pero podía aportar luz a aquel misterio. El Almirante, después de haber obtenido el consentimiento del médico, le interrogó:

—Su compañero Vilette — le dijo — ha confesado que fue él quien le rogó que ocupara usted su puesto en el avión.

—¡Oh, no, eso no es verdad! — Pedro ha mentido muy elegantemente, pero ha mentido. Fui yo quien le rogó que me cediera su puesto. Abandoné

mi arreo fraudulentamente, llegué al aeródromo recorriendo los tejados de los sobertizos y, cuando Pedro iba a vestirse para marchar, le amenacé a fin de que me cediera su puesto...

—¿Y por qué ese empeño? — preguntó el Almirante.

—¡Ah, es difícil de explicar!... Pero ahora... ya puedo decirlo... En la Escuela se me castigaba con mucha frecuencia... porque lo merecía... Soy díscolo, revoltoso, poco aprovechado... Y yo quería hacer méritos para que fueran perdonadas todas mis pequeñas faltas... Por eso me dije... "Si hiciera algo bien hecho, acaso me rehabilitaría"...

—¿Y usted conoce la razón por la cual Pedro Vilette le ha cedido su puesto?

—Sí... Porque me quiere; porque es mi mejor amigo — afirmó Paillard con naturalidad.

—¿Y usted sabe qué ha hecho Pedro Vilette mientras usted pilotaba el avión?

—¿Cómo puedo saberlo, si yo estaba allí arriba? — murmuró Paillard,

que ni aun en aquellos instantes perdía el humor.

El Almirante interrogó nuevamente a Viletta. Era preciso que el muchacho justificara su ausencia. Pero Pedro no quiso decir nada y rogó que se le concediera permiso para abandonar la Escuela.

—No puede presentar la renuncia —le dijo el Almirante—. Usted ha firmado un compromiso con la Marina y únicamente el comandante puede romper tal compromiso. Para ello es preciso que dirija la demanda por escrito a su comandante... Pero no olvide el disgusto que ello representará para su padre.

* * *

La resolución de Pedro era irrevocable.

—Papá; yo sé que no me perdonarás lo que voy a decirte y estoy avergonzado de darte tanta pena... Pero renuncio a mi carrera... quiero abandonar la Escuela.

—¿Cómo! —murmuró Pedro, avergonzado.

—¿O es que has perdido por completo la estima de ti mismo?

—No, papá... Si dejo la Escuela es para poder hablarte libremente... No quiero seguir mintiendo... Amo a Magdalena... y quiero ser feliz con ella...

Viletta se mordió los labios, pronun-

cio dominarse y preguntó a su hijo, haciendo un esfuerzo supremo para no dejar traslucir su gran dolor:

—¿Ilas con frecuencia a casa la señora Level?

—No, papá... Sólo he ido allí dos veces... Una y otra vez he forzado la puerta de su casa... porque ella no quería concederme una entrevista... Pero yo la amaba demasiado para renunciar a ella... Estaba loco, perdidamente enamorado... Perdón, papá, sé que te hago daño hablando así, pero es preciso que me escuches... Cuando conocí a Magdalena...

—A la señora Level —corrigió Viletta, no queriendo escuchar aquel nombre familiar en labios de su hijo.

—..yo no sabía lo que ella significaba para ti... Ni siquiera sabía que la conocías...

—¿No te ha dicho ella nada de mí?

—De ti directamente, no... Me dijo que no era libre, que amaba a otro hombre... pero yo no la quise creer... Me dijo que no podía decirme su nombre, pero que él mismo me lo diría— Creí que se trataba de algún compañero de escuela...

—Y fui yo mismo quien, la noche que cenamos juntos, te revelé que la señora Level... iba a ser mi esposa...

—Sí... —murmuró Pedro casi en un susurro.

—¿Y no renunciaste?

—Estaba desesperado... loco... no

sabía lo que me hacía... Me alejé de ti apresuradamente...

—Pero precipitarte en su casa... ¿Y querías hacer creerme que has forzado su puerta?—preguntó Vilette con profundo dolor.

—Te lo juro, papá... Ella no quería recibirme, pero yo estaba loco con la idea de renunciar a aquel amor que era toda mi vida... Perdí la cabeza... Llegué a suplicarle que me siguiera, que huyéramos los dos lejos de aquí... ¡Ya ves hasta qué punto estaba loco!

—¿Y qué te dijo ella?

—Que te quería tanto como tú a ella... No supe comprenderme... Sólo pensaba en ti y en el amor que le tenías...

Vilette se quedó un rato pensativo. Luego dijo:

—Pedro, esa carta que quieres entregar al comandante de la Escuela, dámela a mí... yo la cursaré, si es necesario.

Vilette mandó llamar a Magdalena. Quería hablar con ella y conocer hasta dónde alcanzaba su mal.

Magdalena le vio demacrado, pálido, ojeroso, inquieto.

—¿En qué estado te encuentro, mi pobre amigo! —le dijo—. ¿Sufres mucho?

—Desde hace unas horas, más de lo

que puedo soportar el corazón humano, sufro por encima de cuanto puede imaginarse.

—¡Ah, tus pobres ojos! —suspiró Magdalena, creyendo que Vilette se refería a sus heridas.

—No se trata ahora de mis ojos, Magdalena, sino de una herida mucho más profunda e infinitamente más dolorosa...

—¿Qué es lo que has creído? —inquirió ella, adivinando la «lusión».

—He creído lo que es evidente... lo que acaba de contarme Pedro... lo que ha ocurrido entre él y tú...

—Enrique... reacciona... Entre él y yo no ha habido nada... Acaso un poco de coquetería por mi parte... Pero te juro que nunca ha cruzado mi mente un mal pensamiento... Enrique piensa que nuestra felicidad está en juego... quizás nuestras vidas... y también la vida de ese muchacho, que ahora empieza a conocer el dolor...

—Esto es lo que precisamente me inquieta... Su conducta es extraña... Pedro me ha remitido su dimisión. ¿Por qué? ¿Por escrúpulos de conciencia?... Dímela porque no se cree digno de continuar su carrera de oficial.

—Pero esto es inadmisible... Pedro no puede castigarse a sí mismo de este modo...

—Magdalena, usted conoce mis sentimientos del honor y del deber—dijo Vilette en profundo tono—. He aquí

la carta de dimisión de Pedro— A usted se la entrego... Lo que usted haga con ella será una prueba... en fin, será la única verdad... la que ha de prevalecer... Si usted me la devuelve, la

transmitiré al Ministro y no volveremos a vernos más... Si no, rómpala usted, pero decídase pronto... El buque escuela "Jeanne d'Arc" sale dentro de ocho días.

X

Ocho días después el "Jeanne d'Arc" estaba dispuesto a zarpar. Los nuevos oficiales, recién salidos de la Escuela, habían ocupado sus puestos. En tierra quedaban el comandante Vilette y Magdalena, quien, después de ahondar en su corazón, había roto en mil pedazos la carta en que Pedro renunciaba a sus estudios, resolviendo así el difícil problema creado por el amor incompatible de aquellos dos hombres. Su sensibilidad femenina y su perspicacia de mujer la habían hecho encontrar la solución más digna, más noble, más delicada y más bella.

El comandante Vilette había despedido a sus alumnos con sentidas y honradas frases de emoción, haciéndoles recapacitar sobre el compromiso que habían firmado con la Patria al enrolarse en la marina de guerra, y poniendo de relieve los sacrificios a que los somo-

tería aquel viaje de estudios a través de todos los mares.

Luego se despidió de Pedro, de su pequeño, de su hijo, de aquel muchacho que le había causado un gran dolor, pero del que hoy se sentía orgulloso.

— ¡Cómo envidio ese viaje que vas a realizar, pequeño! — le dijo, estrechándole entre sus brazos.

— ¡Oh, no, papá!... — murmuró Pedro, que abandonaba gozoso aquella tierra en la que tanto había sufrido, esperanzado en que el mar sabría hacerle olvidar sus dolores.

— ¡Sí, hijo mío... te envidio... Mis ojos ya no me lo permiten... Pero no importa... Lo que importa es que tu sitio esté ocupado dignamente... y hoy lo ocupas con toda nobleza y orgullo... ¡Que seas muy feliz, hijo mío!

Los ojos heridos se humedecieron de llanto. Y el "Jeanne d'Arc" levó an-

L A R U T A S I N F I N

claa y se fué perdiendo en la lejania, en aquel largo viaje que había de llevar a aquella juventud, lejos, muy lejos, en una ruta sin fin, azarosa como la vida y como ella llena de misterios, de esperanzas, de angustias, de alegrías y de dolores.

Y sobre el "Jeanne d'Arc", Paillard, siempre el mismo, bromeaba con Pedro, ante la bonachona sonrisa del comprensivo Bovy, quien se alegraba de tener que asumir la vigilancia de tan terrible discípulo... tan terrible como noble y leal.

FIN

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
Cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE

